



# FELIPE GONZALEZ

## HISTORIA DE UN TRIUNFADOR

En este reportaje se traza la semblanza personal de Felipe González Márquez, primer secretario del PSOE y virtual presidente del Gobierno. El texto se elaboró en el transcurso de la amplia e intensa campaña electoral y se buscó más el dato humano que el ideario político del triunfador de las elecciones generales de 1982.

*Texto: Rosa Montero*

*Ilustración de portada: Daniel Quintero*

Felipe González, secretario general del Partido Socialista Obrero Español, cuarenta años de edad. En la otra fotografía, hace

treinta años, cuando era estudiante del colegio religioso Claret.



**L**a primera actuación oficial de Felipe González como secretario general del PSOE, a su vuelta del congreso de Suresnes, en donde fue elegido, consistió en una visita forzosa a las dependencias policiales españolas. La cortesía con que fue detenido o retenido (oscura diferencia semántica sobre la que el funcionariado ha hecho siempre especial hincapié) debió dejarle entrever, por vez primera, el peso y carácter que imprimía su novísima condición secretarial. Pasó la noche en un despacho junto al periodista sevillano Juan Holgado (también detenido por haber pu-

blicado una entrevista con Felipe), bien provistos de mantas y de estufas, y gozaron incluso de la lectura de un *Cambio 16* recién secuestrado que un policía les proporcionó para que se entretuviesen. Era el mes de octubre de 1974 y Felipe tenía 32 años.

Muy distinta había sido la caída del 30 de enero de 1971, cuando Enrique Múgica, Nicolás Redondo y Felipe González fueron capturados a la salida de una reunión clandestina del partido. En las 48 horas que duró la detención no hubo maltrato, y el comisario Saturnino Yagüe les interrogó con suma cortesía. Pero si vivieron los

tres esa sensación de precariedad, un resignarse taciturno a que se te caiga el pelo y te empapelen. Redondo y Felipe se pusieron en huelga de hambre, exigiendo su inmediata libertad. A Múgica le dio por lo rememorativo y lo locuaz, y, camino del juzgado, divirtió a sus compañeros con el relato de su pasado estalinista y de cómo había llorado a la muerte del dictador ruso. Al final consiguieron salir libres, pero el fiscal pedía doce años para Múgica y ocho para Redondo y Felipe. Era otra época.

Tan otra que, en aquel 1974, después de Suresnes y de la secretaría general, después de la versa-

blesca noche de manta y estufa pasada en la comisaría sevillana, Felipe mantuvo una conversación con Yagüe, el mismo Yagüe que le había interrogado tres años antes. El comisario ofreció un puro a Felipe y éste lo rechazó. Yagüe, calmado, lo volvió a guardar y explicó que había ofrecido el mismo habano a Pablo Castellanos y que también éste había dicho que no. "Pero no importa", añadió el comisario, "yo lo guardaré aquí para más adelante, porque llegará un día en que usted se lo fumará, y si no es usted, cualquier otro de sus compañeros socialistas, porque yo seré funcio-/ PASA A PAG. 21

# FELIPE GONZALEZ

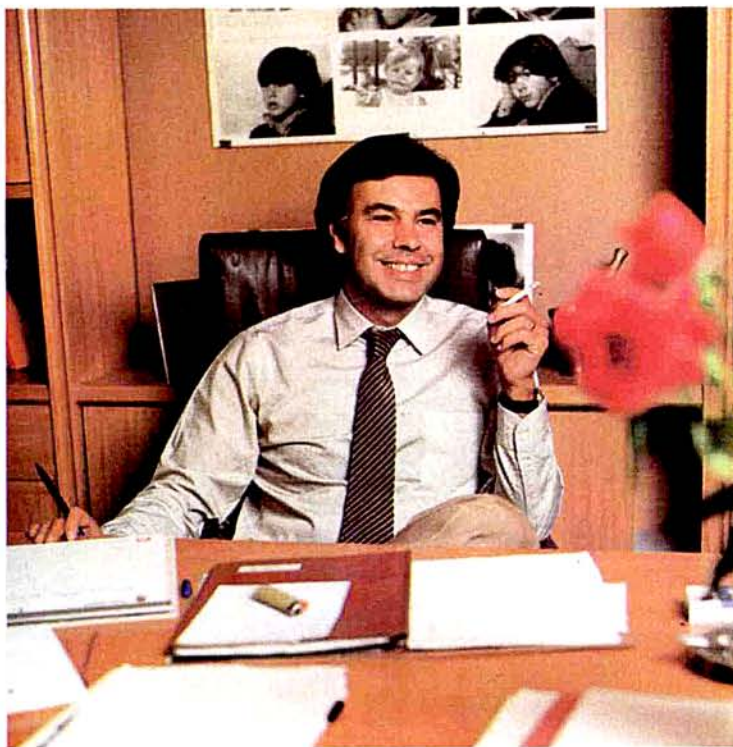
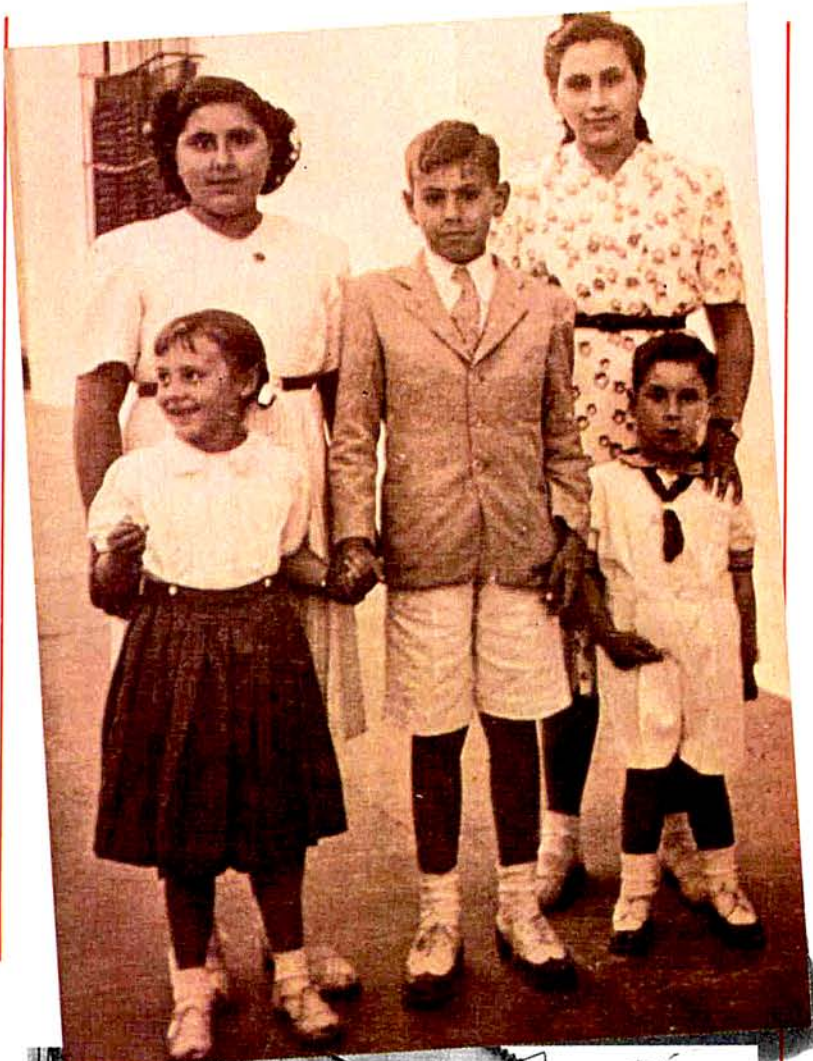
VIENE DE PAG. 19 / nario del Estado también cuando ganen ustedes, y seguiré siéndolo cuando usted sea un personaje importante de este país y necesite que haya funcionarios del Estado como yo". Se me ocurre que Felipe debió sorprenderse un poco con las palabras de Yagüe, porque la relación que existía entonces entre la izquierda y la policía era algo así como la relación que se establece entre la liebre mecánica y los galgos que la persiguen: un puro correr por toda la geografía del país. Y probablemente el joven secretario reinterpretara al comisario desoyendo la parte personal, sin hacer caso de ese clarividente "cuando usted sea un personaje importante" que le vaticinaba lo que hoy es. Porque el Felipe González de entonces era aún un militante clandestino, y la lucha antifranquista potenciaba lo colectivo por encima de lo individual, hasta llegar a crear el espejismo de que no existía el futuro personal. Quizá Felipe no sólo no aceptara el puro, sino tampoco el porvenir pro-

tagonista que Yagüe le mostraba. Ahora, ocho años después, en puertas de la presidencia del Gobierno, Felipe González fuma los suculentos habanos Cohiba que periódicamente le envía Fidel Castro. Los lleva en estuches de cuero claro o cuero negro con capacidad para cuatro unidades, que son los límites nicotínicos diarios en los que pretende mantenerse, aunque sea este un buen propósito muchas veces rebasado por cigarrillos extras o por algún que otro puro polizonte. Ahora —es un día cualquiera de la precampaña electoral— acaba de apagar la colilla de su Cohiba matutino y sale de su discreto despacho de la sede del partido para recibir a una ancianita pulcra y coqueta con la que tiene cita:

—¡Pero qué guapo estás, Felipe; cada día estás más guapo! —gorjea la anciana, embelesada, mientras le besa.

Y a Felipe se le pone una atribulada cara de circunstancias, y traga saliva con rubor, y se le escapan las miradas por el rabillo del ojo, atento a las sonrisas de Ana e Inés, sus secretarías.

Es la misma incomodidad que manifiesta cuando hay que retratarle: el fotógrafo Pablo Juliá, que conoce a Felipe / PASA A PAG. 23



CHEMA CONESA

Sobre estas líneas, en su despacho de la sede del PSOE. A la derecha, en la parte superior, Felipe en Sevilla con dos

de sus primas. En la fotografía inferior, una serie de casas —viviendas protegidas— en una de las cuales nació.



PABLO JULIA

# FELIPE GONZALEZ

VIENE DE PAG. 21 / desde hace quince años, recuerda las dificultades de las primeras sesiones de fotos que le hizo, cuando no había manera de que Felipe mirara al objetivo. Con el tiempo ha ido aprendiendo a soportar las cámaras, pero aún hoy se desasosiega ante las fotos:

—Me horroriza la institucionalización de la imagen.

Y mientras dice esto pasea la barbilla por encima del nudo de la corbata, en un movimiento nervioso de su cuello fornido y algo corto.

Tiene cuarenta años y hasta hace apenas tres o cuatro mantuvo la apariencia de un muchacho moreno envuelto en panas. Ha cambiado mucho últimamente: ahora abunda en canas por las sienes, ha engordado un poco (digamos mejor que está más denso), se encorbata con frecuencia y muestra, en suma, un continente de político internacional, joven y sobrio, y un contenido, aseguran con delección sus partidarios, de estadista.

Ya se sabe que Felipe González

nació en Sevilla en 1942. Algún exegeta oficial se apresura a puntualizar, en la biografía del líder, que lo hizo en una modesta vivienda de protección municipal, para que quede claro el origen humilde del biografiado. Es el segundo hijo de cuatro hermanos, el varón de más edad. Su padre, santanderino, poseía una vaquería, y toda la familia trabajaba en casa o con las vacas, no ya por necesidad, sino por principios: Felipe González padre era y es hombre de un estrictísimo sentido moral, de una honestidad meticulosa. De todos los hermanos, sólo Felipe estudió carrera universitaria, porque el pequeño, Juan María, casó joven y tuvo que emplearse, y a las chicas no solía dárselos estudios en aquel entonces. Felipe iba al Claret, un colegio religioso que terminó siendo muy fino, limitándose a aprobar, sin esfuerzo y sin empeño: su currículo escolar no es un anticipo presidenciable, sino una cartilla regular de normalidad aplastante. A los diez años, y a causa de una nueva legislación que obligaba a enclavar las vaquerías en las afueras de los centros urbanos, Felipe se traslada con su familia a Bellavista, un suburbio muy pobre de Sevilla. Era un barrio surgido del chabolismo en el que habitaban muchos familiares de los presos

(en su mayoría políticos) que redimían penas trabajando en el cercano canal del bajo Guadalquivir. Los biógrafos atribuyen el comienzo de la *concienciación* de Felipe a ese desgarramiento producido entre su vida en el mísero Bellavista y sus clases en el Claret, el colegio de niños bien al que continuó yendo hasta cumplir los quince años, momento en que le invitaron a marcharse por andar con chicas y ennoviarse. Esa pudo ser la razón, o cualquier otra, o la suma de muchas coincidencias. Miles de muchachos y muchachas de la edad de Felipe hicieron en aquella época, y como él, el paso hacia el antifranquismo. Como dice Nacho Quintana, de la Gerencia Municipal de Urbanismo (hoy hombre del PSOE, antaño del PCE), que conoció a Felipe en la milicia universitaria:

—Entonces pasábamos de la inquietud religiosa a la inquietud social, de la social a la política y...ya estabas metido en el ajo.

O sea, que el consabido *despertar político* de Felipe fue también absolutamente normal.

—Cualquier trabajo biográfico que se haga sobre mí ha de resultar forzosamente aburridísimo —dice Felipe.

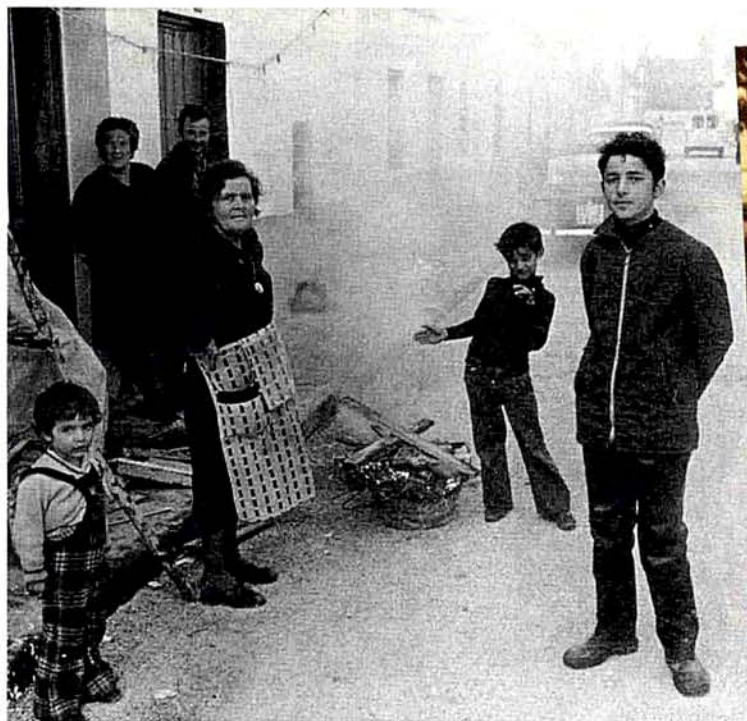
Estamos en el salón de un conocido restaurante, en la comida-

presentación del libro que Víctor Márquez Reviriego ha hecho sobre Felipe González. Una enorme mesa en forma de U, mucho periodista e intelectual exquisito entre los invitados. Felipe se extiende explicando que las biografías o bien se hacen desde un punto de vista íntimo, de la aventura personal, en cuyo caso cualquier vida puede resultar apasionante, o bien han de centrarse en sujetos cuya trayectoria sea azarosa y sorprendente:

—En mi caso, como me resisto al intimismo y, por otra parte, no he hecho nada espectacular, el resultado ha de ser por fuerza aburridísimo.

—Bueno, bueno, yo quisiera puntualizar aquí que, a pesar de lo que dice Felipe González, el libro de Víctor Márquez se lee de un tirón, no es aburrido en absoluto —salta el editor desde una esquina de la presidencia, horrorizado ante la idea de perder ventas.

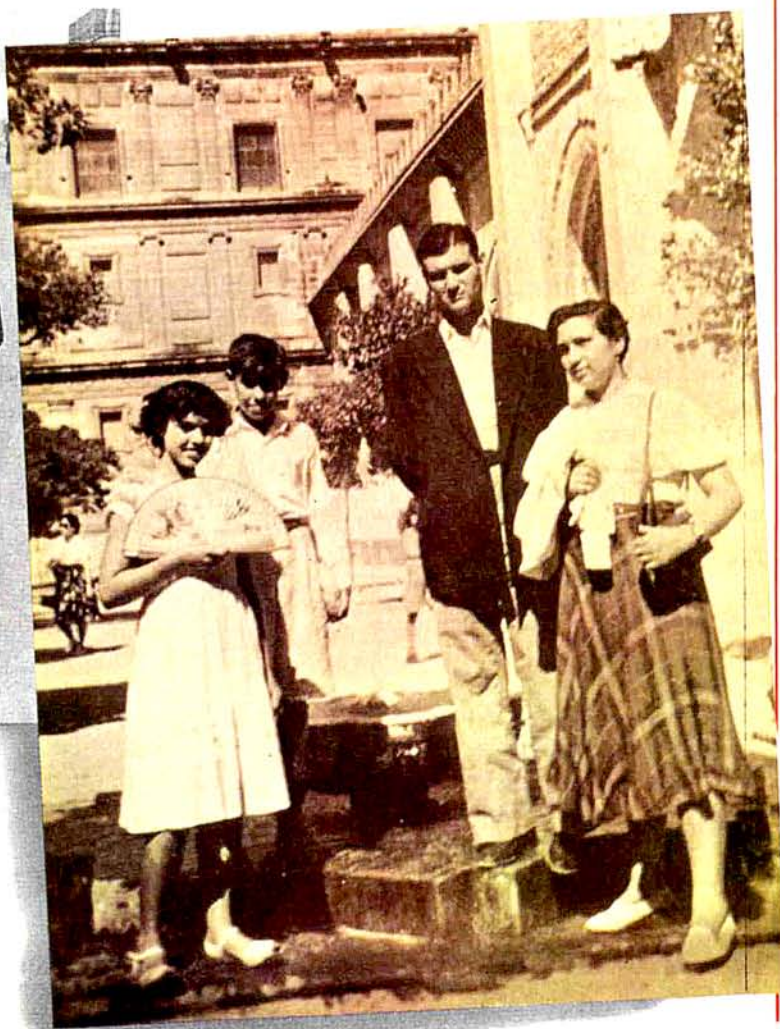
Hay unas cuantas risas en la sala y después los comensales se dedican a lo suyo, o sea, a devorar el insípido gallinazo de sofisticada salsa. Suenan el clinc, clinc, clinc de los cubiertos sobre los platos y hay un rumor de aplicada deglución, mientras Felipe sigue hablando por encima de la comida de los demás. Ha apar-/ PASA A PAG. 25



PABLO JULIA

Una escena cotidiana del barrio de Bellavista, en donde Felipe González vivió a partir de los diez años. En la fotografía

de la derecha, en el patio de los Naranjos, de Sevilla, con una de sus hermanas y su prima Tina.



# FELIPE GONZALEZ

VIENE DE PAG. 23 / tado ya su plato, sin apenas tocarlo, y ha encendido un Cohiba protector. No quería Felipe intervenir; incluso había advertido su deseo de no hacerlo, pero después no supo resistirse:

—No sabe decir que no cuando alguien le pide algo —se lamenta Ana Navarro, su secretaria personal, compañera de partido y colaboradora de Felipe desde hace años.

Es evidente que Felipe está incómodo en esta comida formal de multitudes. La presidencia, en la barriga de la U, ocupa sólo uno de los lados de la mesa. Frente a Felipe no hay sillas, y ante él, sobre el mantel, han colocado varios volúmenes del libro que se presenta, de pie para que salgan en las fotos que le hacen al líder socialista; así las cosas, Felipe tiene un aire entre vendedor de textos en rebajas o santo milagroso expuesto en un altar. Come con embarazo, tan desnudo ante las cien personas que le miran; apenas habla con nadie, porque en los banquetes oficiales hay enormes lagunas de silencio;

tiene un aspecto de inmensa soledad, rodeado por un centenar y pico de notables. Quizá tenga que asistir esta noche a un acto semejante, y mañana al mediodía, y pasado mañana seguro que habrá otro; banquetes a los que acudirá con ese aire de venir de un sitio e ir hacia otro, y en los que permanecerá con la espalda tensa y muy erguida sobre el respaldo de la silla, picoteando menús insípidamente pretenciosos, quemando tiempos muertos, tan irritantes para alguien que, como él, carece por completo de tiempo. Cuando la tortura se acaba y los comensales se levantan, un camarero del local se acerca a él:

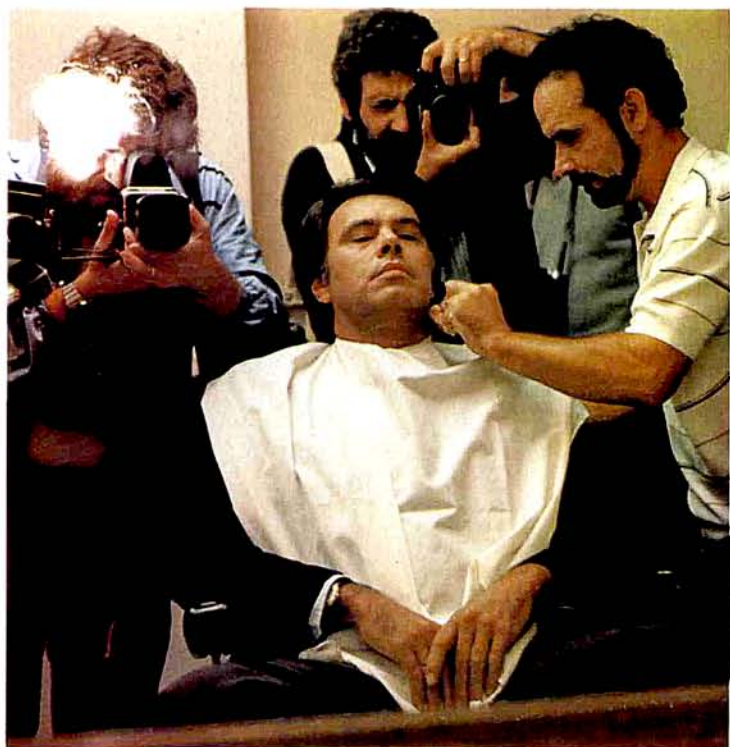
—Mire, yo soy de Fuerza Nueva, pero me gustaría tener un autógrafo suyo.

Y Felipe se lo da.

—El otro día estaba sufriendo con la presentación del libro, sí —me dirá Felipe González días después—. Era muy violento...

Era muy violento porque se trataba de un libro biográfico, porque el acto podía rozar de alguna forma el secreto y reservadísimo interior de su vida.

—La gente no va a creer que lo paso francamente mal en este tipo de actos, que tengo que hacer un enorme esfuerzo psicológico para estar. Y además / PASA A PAG. 27



CHEMA CONESA

Sobre estas líneas, ya en su papel de líder, maquillándose en Prado del Rey antes de una de sus intervenciones en televisión. En la fotografía superior, un

Felipe González adolescente jugando junto al río, en Sevilla. En la fotografía inferior, de alférez, cumpliendo las milicias universitarias en 1963.



# FELIPE GONZALEZ

VIENE DE PAG. 25 / la mayoría de las veces no tomo la decisión de estar porque convenga hacerlo, sino porque hay una persona a la que le dolería que no estuviera; en esta ocasión, por ejemplo, Víctor Márquez. Porque de otro modo no se me ocurriría ir. Los demás razonamientos que me ofrecen como explicación de que hay que estar no me sirven.

Repite muchas veces Felipe esa muletilla un poco resignada de "no se lo va a creer la gente", y siempre antes de explicar algo más o menos íntimo: una duda, una preocupación, una fisura. Debe sufrir el líder socialista un verdadero horror a que sus sentimientos (o la manifestación de ellos) puedan ser entendidos como una argucia, como una artimaña verbal de político. Pega una honda chupada al habano, se recoloca en el sillón y sonríe hacia dentro antes de reiniciar la conversación: va a contar una anécdota.

—Esto me recuerda... Hay una cosa deliciosa de Machado respecto a los banquetes de homenaje. Es una de las clases de retórica de

Juan de Mairena, que es *presiosa* (y recalca su *presiosa* guiñando los ojos, con el entusiasmo de quien disfruta leyendo). Dice a los alumnos que hagan un ejercicio sobre los banquetes de homenaje, y el tipo hace un artículo terrorífico que dice: Contra los que aceptan homenajes en su honor; y los califica de fatuos y engreídos. Contra los que no aceptan banquetes en su honor; y dice que son hipócritas y falsamente modestos. Dice, contra los que asisten a homenajes en honor a otras personas; y los califica de tipos que quieren aprovecharse de la fama de otro para figurar. Contra los que no aceptan a homenajes en honor a otras personas; y los fulmina acusándoles de envidiosos. Y al final le pregunta Juan de Mairena: ¿Y cómo ha titulado usted el artículo? Y dice: Contra los banquetes. Y la respuesta es bellísima; Juan de Mairena dice: Mejor título sería: Contra toda la humanidad con motivo de los banquetes. ¿A que es *presioso*?

Y sí, me parece precioso y nos reímos.

—Hay un poco de verdad en todo eso... —reflexiona Felipe—. Y siempre es difícil saber qué haces y por qué haces las cosas. Siempre hay una mezcla tremenda entre lo que debes hacer en función del papel que te asigna la so-

ciudad y lo que de verdad quieres hacer en función de lo que te queda de fibra humana y de sensibilidad, sea un poco, un mucho o demasiado...

Es una sobremesa cálida y está en mangas de camisa, en el patio de la casa que su hermana Lola tiene en el pueblo sevillano de Dos Hermanas. Paladea un *whisky* como postre; está muy relajado. Qué distinto al Felipe del banquete, a aquel hombre aislado en el tumulto. Porque además de ser la suya una soledad ejecutiva (o, como dice Felipe, "el sentimiento de soledad que produce la toma de decisiones"), es también una soledad sitiada, rodeada, perpetuamente en compañía:

—Las dos soledades, sí... —dice él—. A mí no me ha resultado nunca desagradable la soledad real, la de estar solo, sino todo lo contrario, y la he practicado cuando he tenido ocasión durante mucho tiempo. Es una soledad mucho más creativa, y no porque estés produciendo nada ni haciendo nada, sino porque tienes tiempo para pensar, para ver el mundo, para ver las cosas. La otra soledad, la soledad rodeada, cada día se hace más angustiada, porque cada día, inexorablemente, se incrementa el número de personas que te rodean, pero con las que no

te comunicas fácilmente. Pero todo esto la gente no se lo imagina, claro, no se lo van a creer.

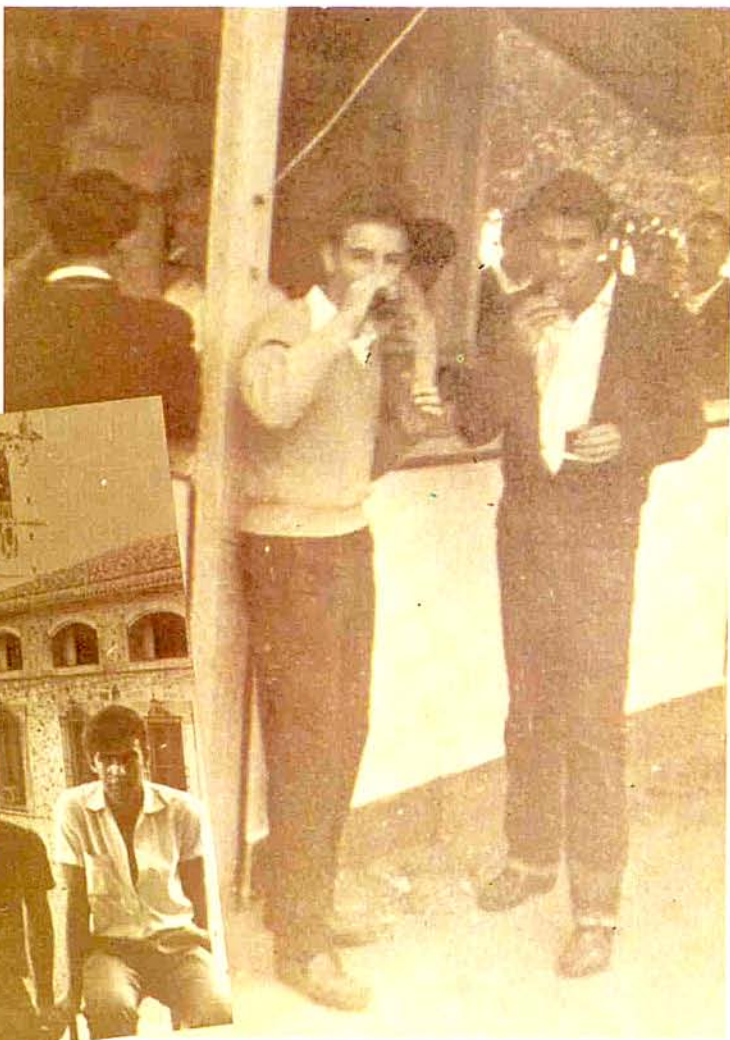
Es el aparato del partido, y los policías que le escoltan, y los admiradores de él o de la púrpura, y los aduladores, y los indignados, y los que le quieren, y los que no le quieren pero le necesitan, y los que le llevan y le traen, y los que le organizan la vida, y los que se la desorganizan, y un tropel interminable de personas que le rodean exigiéndole un gesto de poder o de calor, exigiéndole que sea líder y persona, pidiendo siempre algo, no necesariamente físico.

Pero estábamos hablando antes de Nacho Quintana y de cómo coincidieron en la milicia universitaria, en Monte La Reina (Zamora), allá por 1963. Compartían una compañía que por azares del destino era conocida como *La Internacional*, que no era más que una inocente referencia a su composición, porque aglutinaba a los ciento y pico muchachos de diversas zonas del país cuyo distrito universitario no era el de Monte La Reina y que estaban allí por haber escogido ese destino.

—Llegabas allí —explica Nacho— y a los tres días te habías hecho ya la composición de lugar: te juntabas con los progresistas y terminabas metido / PASA A PAG. 29



CHEMA CONESA



En uno de los banquetes oficiales, sometido a las preguntas de los corresponsales extranjeros (fotografía de la izquierda). En el centro, Felipe González (camisa oscura) en Cáceres, en tiempos de *milli*, junto a su hermano Juan María. En la fotografía de la derecha, en una verbená en Puebla del Río.

# FELIPE GONZALEZ

VIENE DE PAG 27 / en el grupo de los rojos. Era fácil adivinar quién era de izquierdas y quién no: si veías a uno tumbado bajo un árbol leyendo a Machado, por ejemplo, es que era de un rojerío mortal de necesidad...

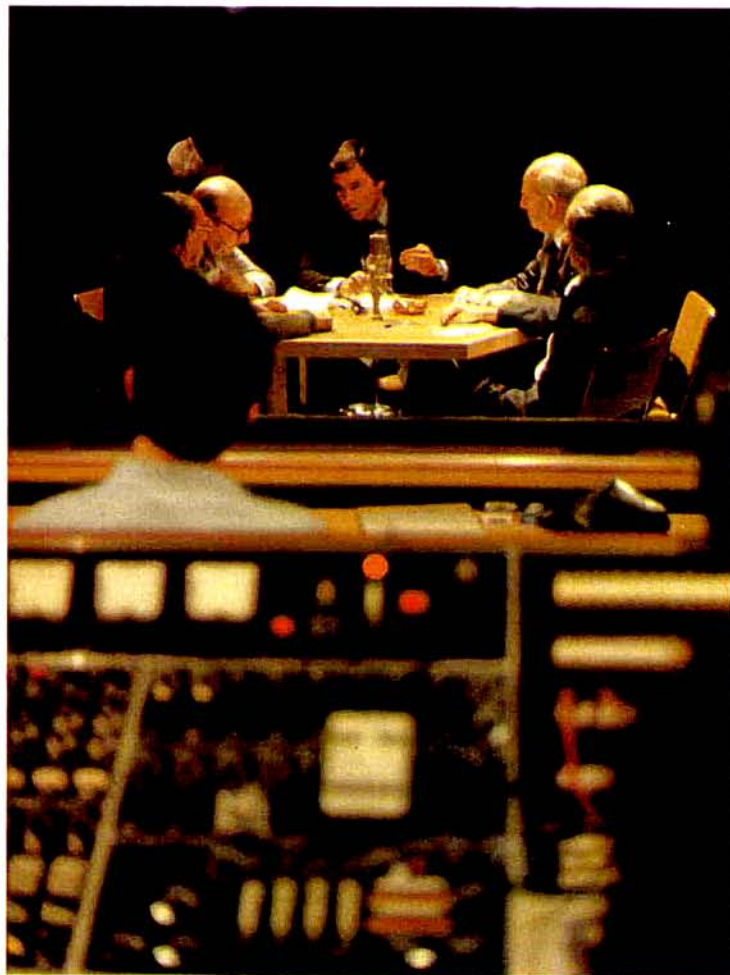
Quizá debajo de un árbol de Monte La Reina leyera Felipe la *presiosa* historia de Juan de Mairena sobre los banquetes. Felipe no estaba aún organizado políticamente, aunque era lo que entonces se entendía por "un joven con inquietudes". Estaba cerca de los grupos de las Juventudes Obreras Católicas (JOC) más por su vertiente social que por lo cristiano, porque a esas alturas Felipe ya había hecho profesión de agnosticismo. Estudiaba Derecho (aunque su madre quiso hacerle ingeniero, lo que le costó un suspenso en el Preuniversitario de Ciencias y la pérdida de un año al pasarse a Letras) y ayudaba a su padre en el trabajo: el tufo a vaquero que desprendía acompaña los tempranos recuerdos que sus amigos tienen de él. Además tenía novia, Concha Romero, una muchacha de Puebla

del Río, hoy fotógrafa, con la que formalizó relaciones desde los dieciséis o diecisiete años.

—En aquel entonces Felipe tenía un sentido del humor tremendo, y era muy cariñoso, como lo es ahora.

Lo dice Juan Alarcón, que le conoce desde hace muchos años. Primero como amigo de la casi adolescencia. Después como chófer, secretario, compañero del político que fue convirtiéndose progresivamente en líder. Al principio, de muchachos, formaban una estrecha barra: Juan, José María, hoy retirado de la política, y Felipe, con sus respectivas novias. Iban al cine, oían a Joan Báez y a Brassens, hablaban de cambiar el mundo. Se sentían los seis tan unidos que cuando vieron la película *Jules et Jim*, de Truffaut, se embelesaron con la historia e imaginaron que también ellos estaban construyendo unas formas más hondas y más limpias de relacionarse. Fue por entonces cuando Felipe conoció a Alfonso Guerra, exactamente en 1962. Era el año de la huelga de Asturias, de la represión y las torturas, y Fraga, que era ministro de Información, fue a dar una conferencia sobre el rumor social a la facultad de Derecho de Sevilla.

—Yo ya tenía conocimiento de la existencia de / PASA A PAG. 31



CHEMA CONESA



En la parte superior de la página, durante la grabación de un programa electoral de radio. En este caso era un coloquio con cuatro jubilados. En el centro de la página, Felipe González (primero de la derecha) con un grupo de amigos en

Puebla del Río. Concha Romero, su primera novia formal, es la cuarta empezando por la izquierda. En la fotografía inferior, también en Puebla del Río, Concha Romero, primera por la izquierda. A su lado, Felipe.



# FELIPE GONZALEZ

VIENE DE PAG. 29 / Felipe, como él de la mía —dice Alfonso Guerra—, pero nos encontramos realmente en el bar de la facultad una tarde cuando nos reunimos para organizar y determinar cuál iba a ser nuestra actitud ante la presencia de Fraga. Solicitamos un coloquio al rector y no nos lo concedió. Y entonces, como la conferencia era sobre el rumor, y el rumor en esos momentos era Asturias y la represión, fuimos allí y nos pusimos a cantar *la Asturias, patria querida* en mitad de la charla; aquello fue tremendo...

Ese fue el fruto de su primer contacto: un acto coral más político que polifónico. Alfonso, que es hombre de intuiciones rápidas, recuerda exactamente la impresión de aquel encuentro:

—En el bar de Derecho había una barra con mesitas, y nosotros nos colocamos en una habitación que había al lado, también con mesitas, y el cura, el capellán de la universidad, cerró las puertas correderas de comunicación y se puso delante para impedir el paso de aquellas personas que no estu-

viesen en el asunto. Estábamos seis personas reunidas y entonces entró Felipe. Venía con Concha, y ella se sentó en un sofá. El se soltó y entró en la habitación. Mi sensación cuando le vi fue la de que era un hombre seguro, que sabía lo que quería conseguir, que no era un bailarín. Un hombre sólido con el que se podían hacer cosas.

**A** partir de entonces la colaboración entre ambos fue muy estrecha. Guerra, que estaba en las Juventudes Socialistas, fue para Felipe la puerta hacia la organización. Actuando de bisagra entre sus nuevos compañeros, más politizados, y el grupo fraternal de Juan Alarcón y José María, Felipe atrajo a éstos a la militancia socialista. Las primeras reuniones clandestinas y conjuntas casi terminan en desastre: Juan y José María mantenían su actitud bromista; Guerra se enfadaba con ellos, pensando que así no se llegaba a ningún lado; Felipe reía, deleitado con un enfrentamiento que era más en lo formal que en la sustancia.

Pero estábamos en Monte La Reina un año después del contacto con Guerra, es decir, en 1963.

—No, no recuerdo que habláramos de nuestras cosas cotidianas —dice Nacho Quintana—. Enton-

ces sólo hablábamos del futuro político, del cambio social, sólo de eso. Yo me he enterado más tarde de que existen los amores y los desamores y esas cosas. Entonces la procesión la llevabas por dentro, te controlabas mucho y sólo vivías para la política.

Nacho no recuerda a Felipe con precisión. Sabe, eso sí, que “era un hombre muy, muy afectuoso, un hombre que hacía que te sintieras cómodo”. Debí ser por eso por lo que invitó a Felipe, y no a otro, a pasar un fin de semana en su casa, en Asturias. Claro que el viaje también fue militante: era ir a la Asturias de la huelga del 62, a una zona mítica de resistencia. Así eran las cosas entonces, así era la vida intensamente ideologizada de los muchachos antifranquistas.

—Y no me acuerdo de mucho más... Claro, cómo me iba a imaginar yo que Felipe iba a llegar a esto... Si lo hubiera sabido entonces hubiera llevado un diario... —remata Nacho con buen humor.

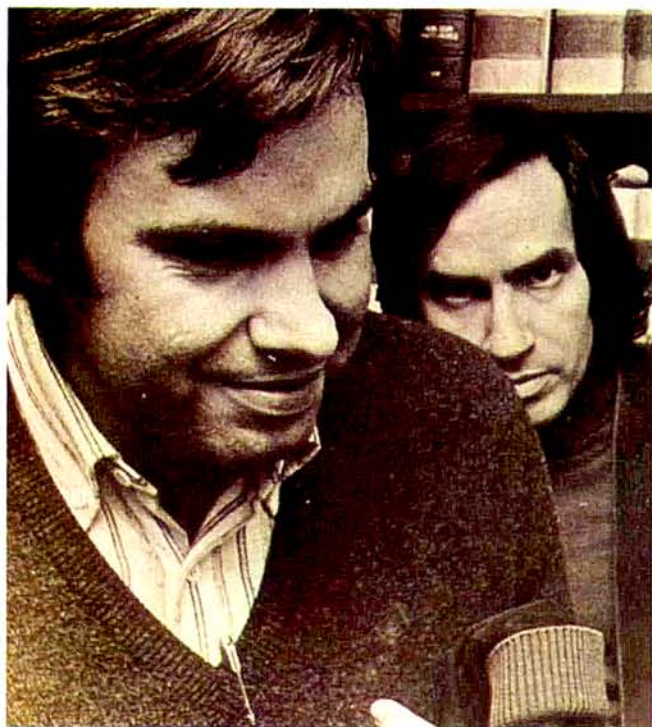
Y con sus palabras está apuntando al corazón de la historia, de esta historia personal. ¿Cómo iba a imaginar Nacho Quintana que Felipe llegara a eso? ¿O que él mismo terminara en la Gerencia Municipal de Urbanismo? Una cosa es el mundo de los sueños del militante antifranquista, alimentados

por libros, acunados en los coloquios clandestinos, limitados de utopía, y otra cosa es estar en el poder, manejar la realidad, tener la capacidad ejecutiva de incidir en ella, al coste, eso sí, de rebajar la envergadura del ensueño.

Cuando Felipe dice que su biografía es aburridísima se equivoca. La aventura reside precisamente en su absoluta normalidad, en su pasado de progresía discreta y razonable. Qué mayor asombro hay que el hecho de que Felipe pueda llegar a presidente, ese Felipe que era un muchachito moreno (“muy negro, de mucha ceja”, le recuerda Nacho Quintana), estudiante de Derecho con aroma a vacas, militante común y esforzado de un cambio que parecía no llegar nunca, ese Felipe que asoma hoy en las fotos antiguas con zapatos picudos y aspecto de gañán.

Es como el cuento de la Cenicienta en versión *progre*, pero el baile principesco al que Felipe acude metido en su carroza-calabaza no es tan divertido como el de la leyenda. Una llega a pensar que Felipe es un hombre que no ha vivido su juventud. En esto tampoco es especial: sus compañeros de generación y militancia prescindieron en gran parte del vivir, como decía Nacho Quintana, para supe-

ditarse a la Lu-/ PASA A PAG. 33



PABLO JULIA

Felipe González y Alfonso Guerra, un perfecto maridaje político. La fotografía corresponde a la primera aparición pública del secretario socialista en una rueda de Prensa

a finales de 1975. En la fotografía de la derecha, Felipe González con su primo en una boda; no les faltaba detalle: desde los zapatos a la jaula.



# FELIPE GONZALEZ

VIENE DE PAG. 31 / cha con ma-  
yúscula. Pero los demás han deja-  
do escapar en los últimos años al  
joven hibernado que llevaban dentro,  
y se han salido de los partidos o han  
entrado en otros, y se han desencanta-  
do o encantado con nuevos ideales,  
y han fumado *porros*, y se han divorciado,  
o casado, o arrejuntado, o se han dedi-  
cado a viajar a Katmandú. Felipe está  
en medio de este desmelene genera-  
cional que por edad y biografía le  
correspondía vivir, pero él ha de  
contenerse ahora más que nunca:  
en estos momentos se está proban-  
do el zapato de cristal de Cenicienta  
y el baile palaciego acaba de  
empezar.

La expectación que dicho baile  
produce se palpa en el Club Inter-  
nacional de Prensa, en el transcurso  
de la comida —otra más— que  
los corresponsales extranjeros  
mantienen con Felipe González.  
No ha empezado aún la campaña  
electoral, pero en el aire hay un  
aroma a presidente. Felipe se sienta  
a la cabecera de la mesa a las  
dos y media en punto, y a partir de  
ese instante comienza a responder

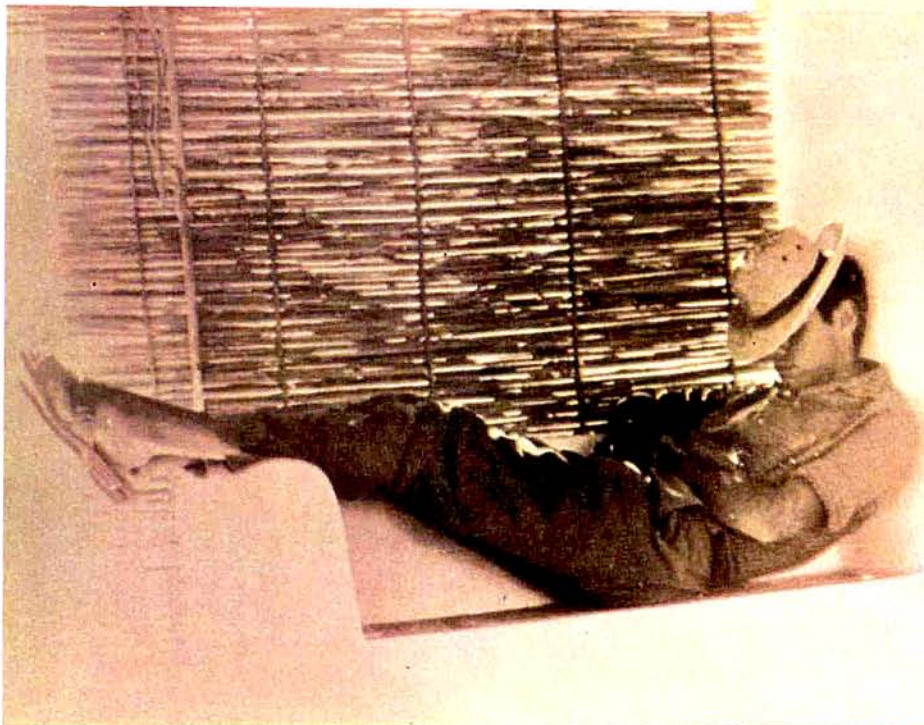
preguntas. Sirven los platos, y los  
corresponsales —más de cien—  
mastican con la boca apretada y  
sin mover apenas los mofletes  
para que no se les note mucho el  
engullir, mientras Felipe habla y  
habla: se ve que está especializán-  
dose en monologar por encima de  
las comidas de los demás; debe ser  
una nueva moda ejecutiva, un mé-  
todo leonino para apretar y apro-  
vechar el tiempo. Entre respuesta  
y respuesta, el secretario socialista  
se las apaña para dar un tiento a  
alguna de las gambas petrificadas  
del menú, y de modo prodigioso  
consigue tener siempre la boca li-  
bre cuando le toca contestar. El  
encuentro es claramente desigual;  
los corresponsales son muchos, y  
mientras uno pregunta los demás  
pueden devorar tranquilamente: a  
lo sumo tomarán algunas notas  
con el codo haciendo peligrosos  
equilibrios sobre la pringosa ensa-  
ladilla.

—Que le dejen comer, por  
Dios... —musita con desespero  
Ana Navarro, la secretaria de Fe-  
lipe.

Pero no le dejan: las preguntas  
se suceden sin descanso. El líder  
socialista aparta el plato, apenas  
tocado, y sigue hablando de las  
relaciones exteriores, de la OTAN,  
de los militares; son temas difíciles  
ante los que ha / PASA A PAG. 35



CHEMA CONESA



Sobre estas líneas, una  
siesta en Salobreña  
en 1960. En la parte  
superior de la  
derecha, una fotografía  
familiar: Felipe,

Carmen, Pablo, David y  
María. En la  
fotografía inferior posa de  
adolescente airado,  
en una azotea de Puebla  
del Río.



# FELIPE GONZALEZ

VIENE DE PAG. 33 / de mantener la lucidez y un nivel considerable de tensión. Enciende un puro y se frota las manos con mesura; no hay en el gesto ningún nerviosismo o impaciencia: se las frota con delectación, como amasando entre las palmas el bolo de sus pensamientos. A las cinco, después de dos horas y media de una comida en la que no ha comido, se levanta la sesión. Entonces —como en todos sus actos públicos— la gente se arremolina en torno a él. Todos intentan hablarle personalmente, intercambiar una sonrisa o un saludo, tocarle la manga como quien toca el brazo incorrupto de santa Teresa, preguntarle quizá el tradicional “¿qué hay de lo mío?” que acecha a los poderosos.

—Pues es mucho más guapo al natural —comenta una camarera en tono admirativo.

Ana Navarro navega entre la pequeña multitud y le rescata dificultosamente. Y en un segundo, justo lo que dura un parpadeo, Felipe ha desaparecido, acompañado de su séquito, de los dos coches policiales de la escolta: casi una

docena de personas que han desarrollado una asombrosa coordinación motriz y que se esfuman más que se desplazan, como si de una compañía de magos se tratase.

Inmediatamente después de la comida con los corresponsales extranjeros hay que ir a unos estudios de radio para grabar los *spots* publicitarios de la campaña. Los técnicos del partido le reciben en un minúsculo despacho:

—¿Quieres tomar algo? —le preguntan.

—No, gracias.

Procura Felipe González hacer todo lo que hace integralmente, o eso parece: cuando hay que hablar de política, se habla; cuando puede relajarse, se relaja; cuando hay que grabar un *spot*, quiere grabarlo sin más pérdida de tiempo. De modo que no hay copa que endulce la sorpresa: Felipe creía que venía a hacer unas simples cuñas, pero los técnicos le explican que no, que tiene que mantener además un coloquio con cuatro jubilados.

—¿Con cuatro jubilados? —se asombra Felipe— ¿Os dais cuenta de que me estoy enterando del tema precisamente ahora, de que no sabía nada?

—Pero ¿cómo no nos lo habíais dicho antes? —protesta Ana Navarro.

Los técnicos están nerviosos, se disculpan.

—Quedásteis en que nos mandaríais los guiones de lo que había que hacer —insiste Ana, mientras Felipe se pasa la mano por la cara con gesto de cansancio.

Sí, sí, lo hemos hecho, explican los técnicos; le dimos los papeles a Fulano hace tres días para que pudiera estudiarlos, es lamentable que no te hayan llegado. Felipe toca el nudo de su corbata levemente, como si hubiera estado a punto de deshacerlo y luego se hubiera arrepentido. Sonríe, recuperada su paciente afabilidad:

—Venga, vamos a hacerlo.

Felipe y los jubilados se sientan en torno a una mesa, al otro lado de la vidriera del estudio, como si estuvieran dentro de una pecera colosal. Los ancianos dan vueltas nerviosamente a sus papeles, las *chuletas* en las que han escrito sus preguntas y que, como alumnos aplicados, han debido repetir ante un espejo muchas veces, porque cuando las leen a micrófono abierto no trastabillean ni se equivocan. Nadie conocía con anterioridad las preguntas que iban a plantear los jubilados, escogidos al azar en un hogar, y sus cuestiones son a veces cándidas y a veces patéticas: en España hay cinco millones como ellos, malviviendo con pen-

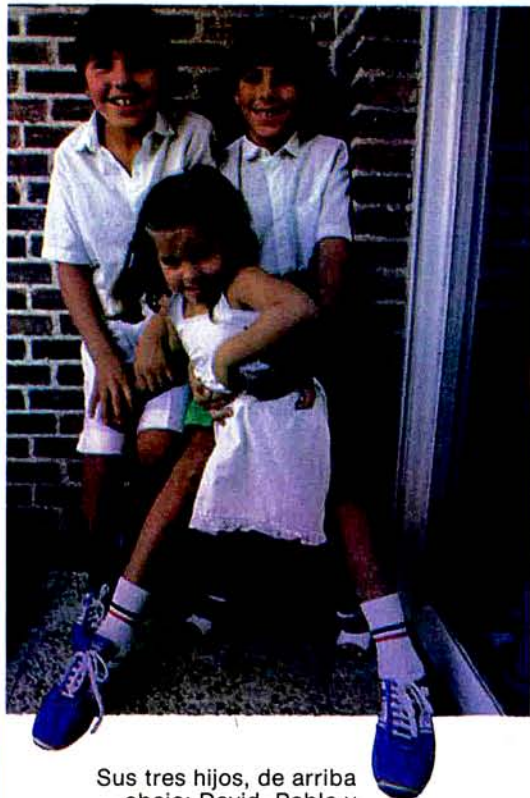
siones de miseria. Felipe contesta con su fluidez habitual: es una máquina de hablar, de convencer, de vencer. Sus modos verbales son siempre didácticos, aunque no paternalistas. Siendo un político, tiene el raro mérito de no caer en demagogias. En su deseo de expresarse con precisión (o en su necesidad de hacerlo, ya que no puede permitirse ni un error), Felipe González construye un discurso en espiral, lleno de puntualizaciones, de ramificaciones y retrocesos, para volver a engranar de nuevo con la idea principal cuando los espectadores están definitivamente perdidos e incluso sus amigos o Carmen, su mujer, empiezan a temer que se haya despistado.

El coloquio dura cuarenta minutos y al final los jubilados se relajan, le tratan de tú y reducen el temblor de sus manos al propio de la edad.

—Ha quedado muy bien —dicen los técnicos, contentos.

Pero el trabajo aún no ha terminado. Los abuelos se van y los del equipo le explican a Felipe lo que hay que hacer:

—Ahora va la intervención que te dijimos antes, son dos minutos, ya sabes, querriamos que dijese lo de la democracia... Bueno, si quieres grabamos primero una intervención / PASA A PAG. 37



Sus tres hijos, de arriba abajo: David, Pablo y María. A la derecha, en la foto superior, Felipe González recibíendose de abogado. Y abajo, con Escuredo, Antonio Gutiérrez y Martínez James, compañero del primer despacho laboralista que Felipe tuvo en Sevilla.



# FELIPE GONZALEZ

VIENE DE PAG. 35 / COMO tú quieras, en la que digas lo que quieras; si te parece grabamos las dos cosas...

—La verdad es que no lo veo todavía... —comenta Felipe con despiste—, porque las explicaciones son un lío.

Pide que le dejen concentrarse un momento. Se queda solo en la pecera, en mangas de camisa, cabizbajo, con cara de pensar intensamente.

—Tenemos que salir de aquí a las siete y cuarto —avisa Ana Navarro a los técnicos, haciendo funciones de Pepito Grillo.

Ya se graba. Felipe cruza los brazos y se inclina hacia el micrófono, atento y aplomado:

—Si se me permite añadir... —empieza a decir.

—No, espera, repite, que no estaba a punto.

—Si se me permi...

—Otra vez.

—Si se me permite a...

—Otra vez, perdona.

Al fin todo funciona y se graba el mensaje. Pero resulta demasiado largo.

—Perdón, Felipe, procura hacer una un poquito más corta.

Pacientemente, el secretario socialista repite la intervención, que le sale completamente distinta a la anterior.

—¡Eso era, eso era, eso era lo que había que decir! —comentan los técnicos, exultantes: esta segunda ha estado muy bien, se dicen.

—Ahora toca la que os gusta, ¿no? —se oye a Felipe desde el otro lado de la pecera.

Sí, toca la cuña de tema fijo: los técnicos le piden que hable de lo necesaria que es la colaboración de todos, de lo hermoso que es entregar más de lo que se nos da.

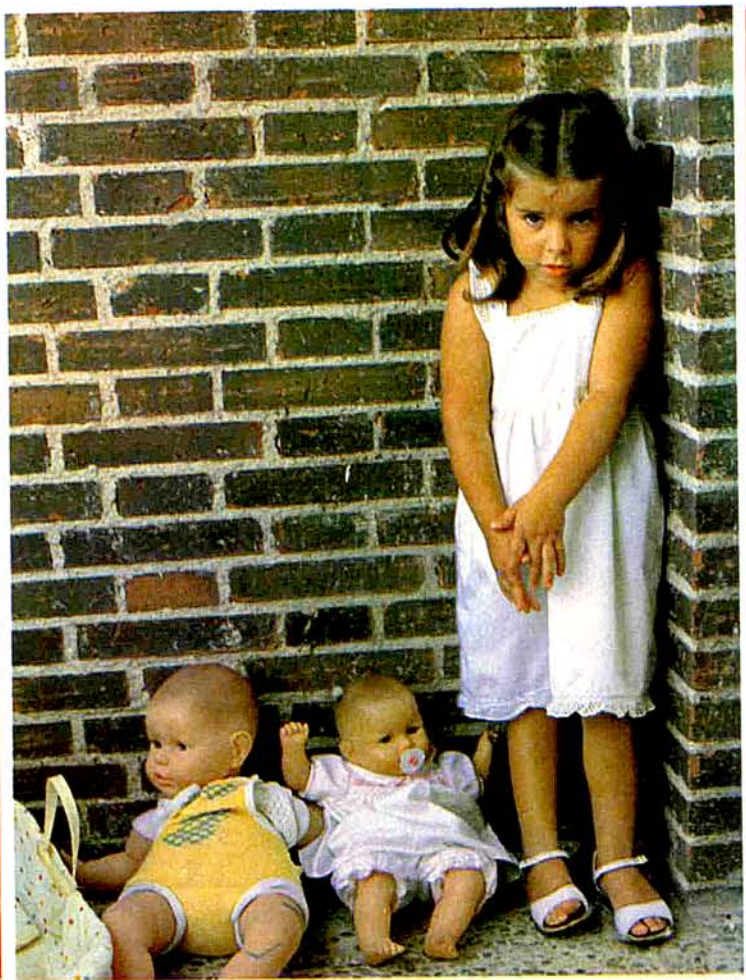
—Y lo del coche —añade uno.

—A ver si me entero de lo que hay que hacer —insiste Felipe—. ¿Grabamos primero lo del coche o lo de la democracia?

—No, mira, hay que hacer una intervención para el programa institucional de Radio Nacional, eso por un lado, y luego viene lo del coche, pero lo del coche no tiene nada que ver con lo de Radio Nacional.

—¿Qué es lo del coche? —se pregunta perpleja Ana Navarro desde el otro lado de los controles.

Felipe está acodado sobre la mesa: el gesto le / PASA A PAG. 39



CHEMA CONESA



En la parte superior de esta página, la hija pequeña de los González, María. Sobre estas líneas, semiescondido a la izquierda de la foto, Felipe. A su izquierda está Rafael Escudero. En la otra foto, con Nicolás Redondo y un delegado de la Internacional Socialista.

# FELIPE GONZALEZ

VIENE DE PAG. 37/rezuma cansancio. Vuelve a pasarse la mano por la cara.

—Yo no sé por qué no hacemos esta grabación cuando yo pueda pensarlo un poco, sería mucho mejor, porque así, a bote pronto, no creo que pueda.

—No tienes tiempo para hacerla otro día, Felipe —le dice Ana por el micrófono de ambiente—. Si te hubieran dado los papeles antes...

Los técnicos están consternados. Felipe no grita, no se impacienta: digamos más bien que se preocupa. Los *spots* de la campaña son importantes, pero quizá Felipe tema más el decir una cosa mecanizadamente y sin sentirla que la posibilidad de soltar un disparate; a fin de cuentas, si se amparara en un tópico político podría resolver la papeleta: lo difícil es decir lo que se quiere decir en realidad.

—Es que no hay serenidad —añade en voz baja, como para sí—. No hay serenidad para pensar las cosas, y así, a bote pronto, uno se siente máquina.

Está muy serio y entre los técni-

cos cunde la desolación: si Fulano le hubiera dado los papeles, maldita sea.

—¿Quieres tomar algo? —se apresuran a ofrecerle.

—Agua.

—¿Con gas o sin gas?

—Me da igual. No soy caprichoso —contesta, lapidario, con una ligerísima nota de sarcasmo—. Y es esta la máxima crispación que en su férreo control emocional se permite manifestar. Rápidamente se recompone, respira hondo, recarga su paciencia elefantina:

—Venga, ¿hacemos lo del coche?

—Vale, Felipe, lo del coche. Treinta segundos.

Resulta que lo del coche es una metáfora que Felipe ha dicho en un acto público: este país es como un coche que tiene metida la marcha atrás. Para que avance hay que quitársela, y después ponerle sucesivamente la primera, la segunda, la tercera y la directa, porque de no hacerlo así, poco a poco, por sus pasos, el motor reventaría.

Y resulta también que el micrófono ha recogido unos ruidos extraños durante la grabación: hay que decirle que repita. Los técnicos están al borde del infarto y bisbisean en los controles:

—Hay que repetir.

—No, que no repita, qué horror.

—Hay que repetir, no sirve así.

Nadie se atreve a decirselo y le piden a Ana que entre en la pecera para comunicárselo. Felipe impone mucho, pese a ser hombre carente de gritos y de malos gestos: o quizá imponga gracias a eso.

Y se repite la metáfora del coche.

—¿Cuál era la otra cuestión? ¿Lo de la democracia que qué bonita es? —bromea después Felipe aliviando la tensión.

—Sí, sí, ahora lo de Radio Nacional; empiezas con lo de la democracia y terminas con la otra cuestión.

—¿Lo de lo bueno que es trabajar sin tener los resultados en la mano?

—Eso.

—Bueno... —suspira Felipe—. A ver si soy capaz de creérmelo.

Graba el mensaje de un tirón, sin más problemas.

—¿Sobra, falta? —pregunta después.

—Falta. Es un programa institucional, tienes que hablar por lo menos cuatro minutos.

—Zozobra más que *zobra* —comenta resignadamente Ana Navarro, imitando el acento sevillano de Felipe.

—Además no has dicho lo que habíamos hablado —explican los técnicos.

—¿Y qué habíamos hablado?

—pregunta el secretario socialista.

—Pues lo de la bondad de la democracia y eso...

—Hombre, es que tampoco hay que pasarse; la democracia es el sistema menos malo...

Está muy cansado, aparatosamente cansado: tiene las ojeras esculpidas en bajorrelieve. Agita la mano con decisión:

—Venga, vale, vale, vamos a ello.

Vuelve a grabar de un tirón y cuando termina se echa hacia atrás en la silla con el gesto definitivo del torero que remata una verónica:

—Apañaros, tíos.

—Lo has clavado, lo has clavado... —le comentan los técnicos entusiásticamente.

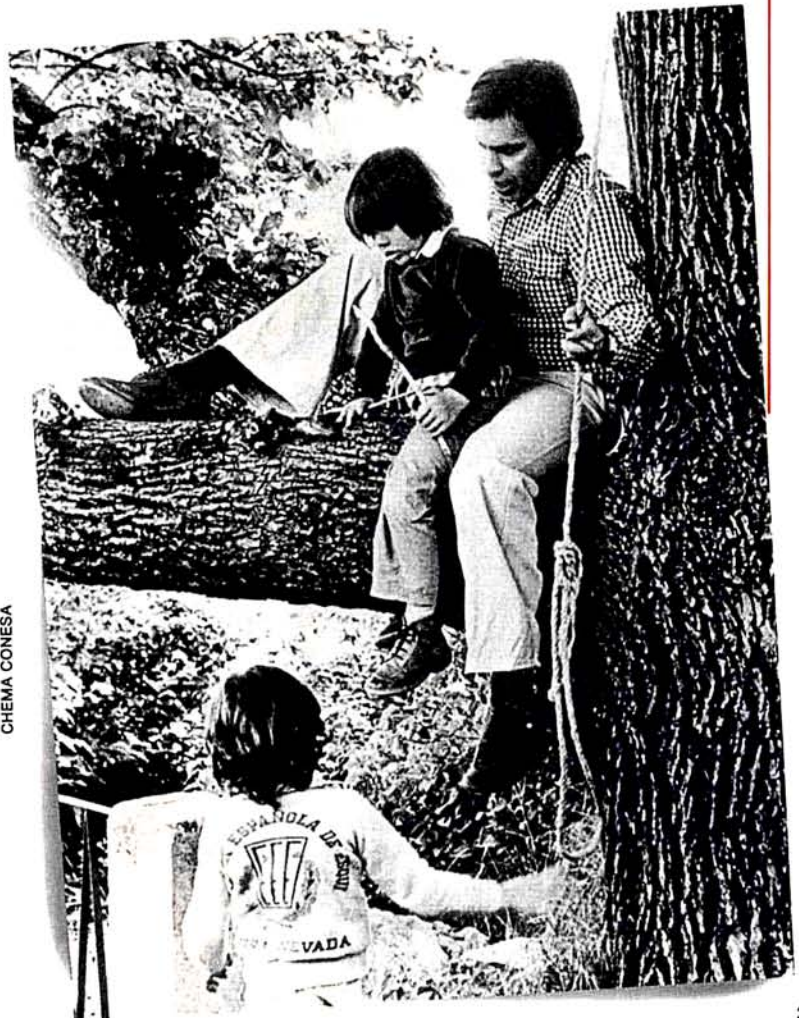
—Vaya, hombre... —dice Felipe con sarcasmo: no debe sentirse satisfecho ni de la intervención ni del método de trabajo, y por ello le fastidian los elogios. Pero vuelve a rehacer rápidamente su afabilidad, reconstruye la muralla de su carácter y, dando marcha atrás (siempre da marcha atrás cuando se le escapa una brizna de sí mismo), añade una broma para despejar el ambiente:

—Es que cuesta trabajo meterse así en estos te- / PASA A PAG. 41



Felipe y Carmen, en su casa, a la hora del desayuno. A la derecha, en la casa de la sierra

CHEMA CONESA



madrileña, en Miraflores, en la que Felipe suele descansar.

# FELIPE GONZALEZ

VIENE DE PAG. 39 / mas; cuesta trabajo con la cara de Paco ahí al fondo...

Y desde el otro lado de los controles el policía Paco, escolta de Felipe desde hace años, sonrío, barbudo y encantado.

Este verano Felipe relejó las *Memorias de Adriano*, la magnífica novela de Marguerite Yourcenar:

—Velaba por mantener la libertad de mis movimientos y para que pudiera llegarse fácilmente hasta mí...

Le gusta mucho releer: "*El Quijote*", dice, "me lo he leído de un tirón unas treinta veces, y a cachos unas cuarenta veces más". Tal declaración de furia cervantina me hizo sospechar, de primeras, que era ese todo su capital de lectura, en la idea de que quien relea mucho lee muy poco. Pero para mi sorpresa no es así: Felipe es un consumidor de libros voraz aunque tardío. Su afición comenzó en las noches insomnes de la adolescencia, a partir de los quince años, que fue cuando empezó a sufrir un asma alérgico que le duraría hasta los veintiuno. Entonces desapare-

cieron los ahogos nocturnos, pero no el hábito lector. Ahora Felipe, que sigue siendo un hombre de sueño escaso, lee todas las noches antes de dormir durante un par de horas. Y este verano, digo, relejó las *Memorias de Adriano*.

Felipe conocía ya el libro; había caído en sus manos hace casi veinte años, cuando estudiaba en Lovaina (Bélgica) gracias a una beca. Entonces lo leyó en francés y no llegó a gustarle demasiado. Ahora, en cambio, ha quedado deslumbrado ante la obra de la Yourcenar, ante esa lúcida radiografía de un Adriano poderoso. Le ha conmovido hasta tal punto la novela que ha tenido que resistirse a la tentación de citar frases enteras de ella. Como la de "velaba por mantener la libertad de mis movimientos y para que pudiera llegarse fácilmente hasta mí". Eso dice la Yourcenar en boca del emperador Adriano. Y ese es uno de los problemas cotidianos de Felipe, una de sus batallas personales contra el aparato del político. Es un proceso que él define con precisión:

—Sucede que te rodea gente que, con una gran dosis de buena fe e incluso de racionalidad, sobre todo en los comienzos, tratan de crear una pantalla en torno a ti. Cuando pasa el tiempo esa pantalla defensiva / PASA A PAG. 43



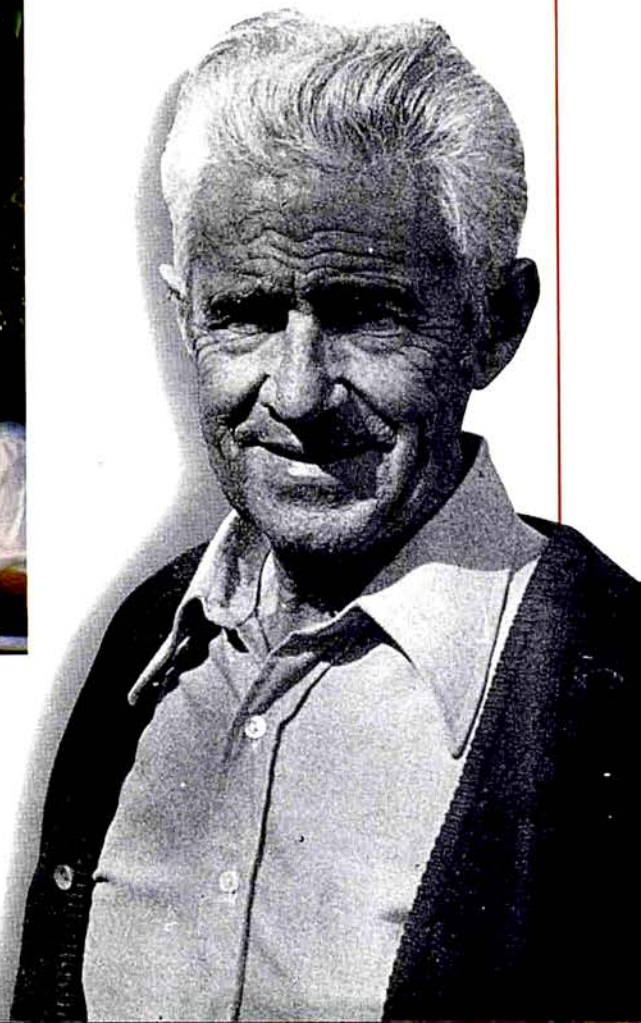
PABLO JULIA



A la derecha de estas líneas, Felipe González padre, santanderino y vaquero. Arriba, Juana Márquez, la madre de Felipe, fallecida hace dos años. Sobre

estas líneas, una foto hecha por un familiar en el patio de la casa de Dos Hermanas. El primero de la izquierda es Paco, cuñado de Felipe, y a su lado, su mujer, Lola.

PABLO JULIA



# FELIPE GONZALEZ

VIENE DE PAG. 41 / puede llegar a pudrirse, y entonces hay una especie de transferencia de poder; las personas que te rodean filtran lo que te tiene que llegar, y lo filtran en función de su propio mantenimiento como un poder de hecho, frente a una persona que tiene más poder. Entonces es cuando se crea la incomunicación real: te dicen lo que tú quieres oír, te transmiten la realidad que tú quieres que te transmitan, te pasan a las personas que te agrada que te pasen, y al final pierdes todo contacto, todo sentido de la realidad.

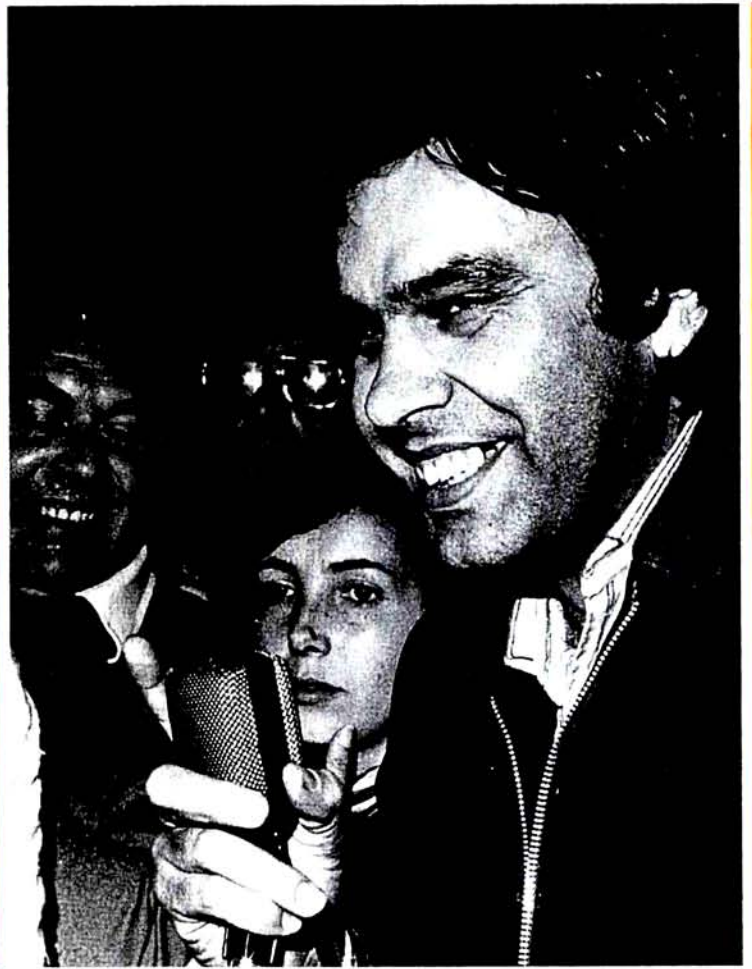
Es tal la deformación que el personaje público puede imprimir en el entorno, que Felipe no sólo ve menos a los amigos por cuestión de tiempo, sino que además, "tú los ves igual a ellos, pero ellos te ven de otra manera: algunos amigos se paran a la puerta de mi casa sin saber si podrán subir o no". Nicolás Redondo, secretario general de UGT, le ha advertido alguna vez sobre la proximidad de esa trampa:

—Si tú juegas a la petanca en Miraflores (se refiere a la pequeña

casa de la sierra a la que Felipe suele ir a descansar) ahora, en la Moncloa puedes seguir jugando con muchísimo más tiempo y más espacio.

Con esta enigmática metáfora Redondo alude a la presión del entorno y a que los hombres que han de soportar grandes responsabilidades muestran una humana pero peligrosa tendencia a rodearse de gente que les relaje, que no les dé problemas, que digan siempre que sí.

Pero a Felipe le desvive el escrúpulo, o, como dice Enrique Múgica, "es un hombre con la conciencia alerta". Por ello, y quizá con una obcecación incluso cándida, el líder socialista se obstina en permanecer en su antigua casa, en el mismo apartamento que cogió en 1975 nada más llegar a Madrid: un piso medio de profesional principiante, de abogado joven, en lo alto de un edificio de vulgar modernidad. Un piso decorado en las modestas pautas del *progre con familia* de los años setenta, con aparador de madera oscura y cristal, sofá típico, equipo de música antiquísimo y unos cuantos objetos de decoración *tercermundistas*: barros andinos, cacharritos centroamericanos de colores. Sólo los cuadros (hay tres de Guayasamín, por ejemplo) se des- / PASA A PAG. 45

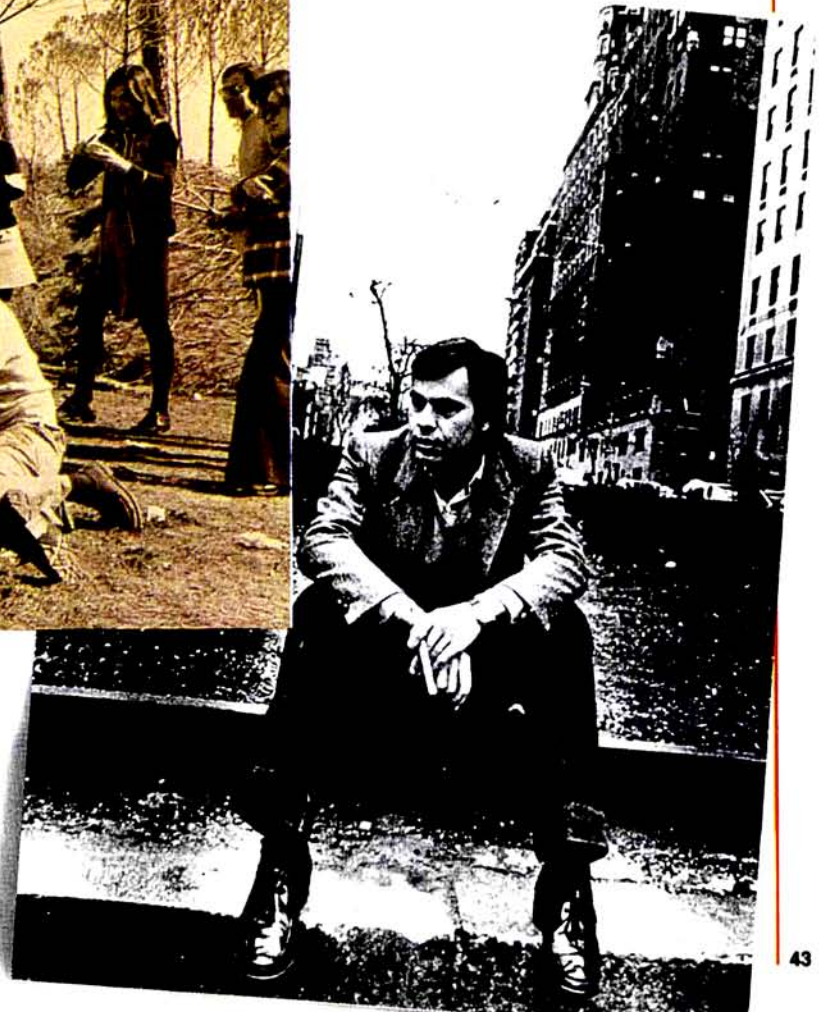


PABLO JULIA



Sobre estas líneas, una asamblea clandestina de los primeros tiempos. Cuando fallaban los locales se hacían en el campo. Felipe pela una naranja; tumbado en el suelo, Luis Yáñez; a la derecha, con gafas y

de perfil, Alfonso Guerra, y a su lado, con medias negras, Carmen Romero. En la parte superior de la página, primer mitin de Felipe a principios de 1976. A la derecha de estas líneas, de turista en Nueva York.



# FELIPE GONZALEZ

VIENE DE PAG. 43 / tacan de la barata uniformidad del entorno. Y la casa entera tiene cierto sello de decadencia, propia de un piso en el que se ha vivido sin tiempo ni mimo para renovarlo.

Son las nueve de la mañana. Los niños (Pablo, de diez años; David, de ocho, y María, de cuatro) están desayunando, repeinados y refunfuñantes porque no les hace ninguna gracia el haberse levantado pronto para que unos periodistas pelmazos hagan fotos.

—Venga, venga, no protestéis —les dice Felipe—. Ayer os levantásteis a las ocho de la mañana porque queríais ver el relevo de los guardias civiles...

El relevo de los guardias que custodian el portal; los niños hacen buenas migas con ellos y con los policías de la escolta, y les prestan de cuando en cuando algún *Mortadelo* y *Filemón* para que entretengan el tedio de las guardias. Pablo, David y María han crecido prácticamente en esto, en esta vida absurda:

—Es un rollo —dice Pablo—, porque no te puedes quedar en

casa, no puedes tampoco salir a la calle, por si te secuestran o algo así...

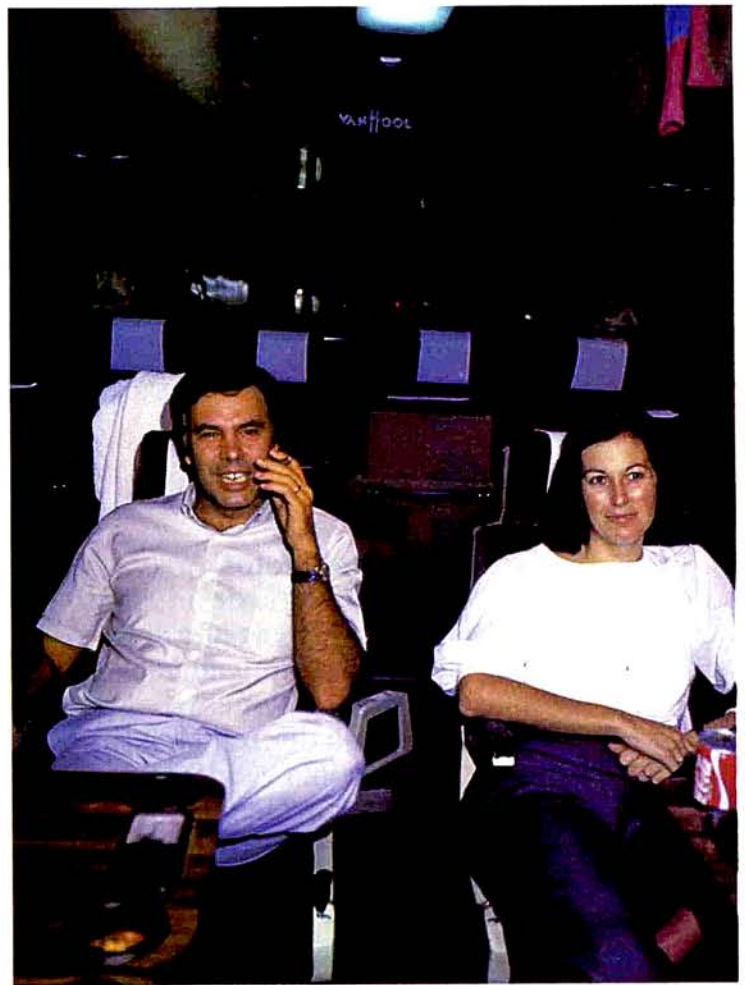
—Y no falla —añade David—. Nos preguntan todo el rato los chicos del colegio, nos preguntan todo el rato que si tal, que si cual, que si somos millonarios... Millonaria tu tía.

—Y otros dicen que si ese es mi padre, que cómo vamos a ir a ese colegio... Porque como es nacional... —interviene de nuevo Pablo—. A mi a veces cuando me preguntan que cómo se llama mi padre, me da vergüenza y digo que Isidoro (*Isidoro* era el nombre de clandestinidad de Felipe), porque si digo la verdad me da corte.

Lo cual no es cortapisa para que horas más tarde Pablo especule con la posibilidad de vender autógrafos de su padre ("los tengo a montón en la cartilla") por la módica cantidad de cinco duros.

Felipe se sienta en uno de los dos amplios sillones de cuero negro que se regaló a sí mismo el día de su boda: son los muebles más lujosos de la casa. Ahora el PSOE prepara una residencia para el secretario general: hay que reconocer que ésta no es la más adecuada como para invitar a un político extranjero, por ejemplo.

—Normalmente lo que se necesita en estos / PASA A PAG. 51



PABLO JULIA



En la parte superior de la página, Felipe y Carmen en el autobús de la última campaña electoral. Sobre estas líneas, al volante del mastodónico Opel, y a la derecha, sentado tranquilamente en la casa de Dos Hermanas.

PABLO JULIA

# FELIPE GONZALEZ

VIENE DE PAG. 45 / casos es una casa que tenga las características de la residencia de un embajador, con un salón grande y tal... —explica Felipe—, pero lo del cambio de casa no es sólo por representación. Es que además en este edificio hay 44 vecinos, que ya se han acostumbrado a vernos, pero que han de soportar el hecho de que en los momentos de mayor tensión te pongan un coche de policías a la puerta. Y los vecinos no tienen por qué pagar el hecho de que un señor tenga que estar protegido.

De cualquier modo, en esta casa ha estado Torrijos, y Octavio Paz, y Carlos Andrés Pérez. Cuando salió Torrijos, tras una cena-charla hasta las tres de la madrugada, abrazó a Felipe en el umbral de la puerta y le dijo: "Estoy orgulloso de ser tu amigo; no me podía imaginar que vivieras así".

—¿Por qué? —pregunta David tras escuchar la anécdota.

—Porque él creía que yo tendría una casa más grande —contesta su padre.

—Pues esta casa es grande —se indigna el niño, sintiendo-

se insultado en su territorio.

—La casa —dice Felipe— es en definitiva el reducto de la recuperación de la identidad, y si te quedas sin eso ya se produce una enajenación de todo: te trasladas a otra casa y pierdes tu mundo. Cuando el partido comenzó a hablar de construir una residencia para la secretaria general yo dije, bueno, sí, pero yo guardo mi casa. Una tontería, claro; hacer eso no es más que un gasto inútil que no sirve para nada, pero es ese deseo de no perderse uno mismo.

**E**se deseo casi pueril de reconocerse en el tocadiscos calamitoso, en los muebles de serie, en la decoración del *progre* que uno fue. Felipe puede sentirse muy incómodo, imagino, entre los lujos del vencedor y paseando por un césped que exige jardinero; y quizá su pertinaz escrúpulo llegue a arruinarle, incluso, el placer de poseer un jardín propio, precisamente por eso: porque es placentero y es lujoso.

Carmen Romero, su mujer, está sentada en el brazo de un sofá. Carmen no tiene nada que ver con Concha Romero, la primera novia formal de Felipe, con la que rompió alrededor de los veinticuatro años. Carmen formaba también parte del primitivo grupo de ami-

gos: cantaba canciones suramericanas ("lo hacía estupendamente", recuerda Juan Alarcón) y tocaba la guitarra en el grupo musical Las Manos. Es profesora de instituto, militante socialista desde hace años, reservada y harto tímida. Y si el vértigo político ha alterado la vida de Felipe, Carmen se ha llevado sin duda la peor parte: a fin de cuentas, Felipe González es secretario general del PSOE y político presidenciable por su propia decisión: allá él con sus escrúpulos al aceptarlo. Pero Carmen bordea el ambiguo y pomposo papel de *presidenta* por un puro azar de cónyuge.

Carmen y Felipe procuran coincidir siempre a la hora del desayuno, a eso de las nueve, para verse. Después intentan comer juntos, pero ese proyecto se rompe muchas veces:

—Cuando sale tarde de casa ya no vuelve —zumba Carmen con guasa—. Le da mala conciencia el haber llegado tarde al partido.

Y Felipe protesta y dice que no, que nada de eso.

No es guapo Felipe González. Es carnoso y grandón, no grueso, sino denso, con mucho moflete y mucho labio y una nariz en tobogán con aspiración de naricilla. Posee, eso sí, unas manos hermosísimas, finas y ágiles, de muñecas

delicadas que se empeñan en escaparse de los puños de la camisa. Y posee, sobre todo, una deslumbrante capacidad de seducción.

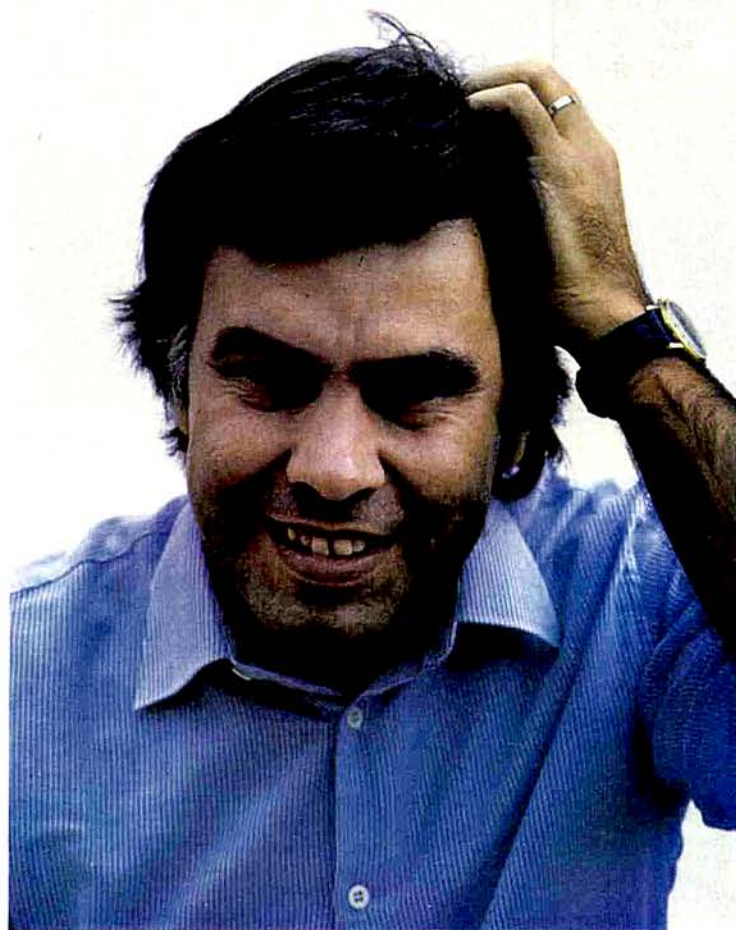
Aquellos que le conocieron hace más de veinte años coinciden en decir que siempre fue afectuoso, íntimamente atractivo, un hombre con algo especial. Un hombre que consigue que el interlocutor se sienta a gusto, quizá porque logra que te sientas escuchado, querido, comprendido. Intentar reconstruir la personalidad de Felipe a través del testimonio de sus amigos es tarea inútil: lo único que logras es la recopilación de diversos grados de pasión hacia él. Porque el secretario socialista despierta pasiones, atrae a los demás con la irremisibilidad con que una lámpara atrapa a las polillas: es un cautivador en el sentido más literal de la palabra. Hasta tal punto que su amigo Enrique Sarasola, por ejemplo, lo dejó todo por seguirle.

Enrique Sarasola tiene 44 años y es ex empresario, como a él le gusta definirse. Fue un hábil hombre de negocios e hizo mucho dinero. Hace ocho años que conoció a Felipe González, justo en una época de su vida en la que, tras haber triunfado, Enrique empezaba a plantearse "la inutilidad de ser el más rico del cementerio". Felipe y el PSOE (creo / PASA A PAG. 52



Sobre estas líneas, la primera foto de Felipe que publicó la Prensa en 1974, cuando se desveló la incógnita de Isidoro.

Pertenece a un pasaporte. A la derecha, Felipe González hoy: un largo camino hasta ser quien es.



## FELIPE GONZALEZ

VIENE DE PAG. 51 / yo que el PSOE a través de Felipe) dieron otro sentido a su vida. En una especie de conversión sauliana, Sarasola abandonó los negocios, se hizo socialista y se dedicó a trabajar para el partido: "Claro está que no es un sacrificio tremendo, yo sigo viviendo muy bien, tengo dinero suficiente como para permitirme el hacer esto; digamos que lo que he hecho es dejar de ganar más". Sarasola es extravertido, simpático y campechano, tiene esa exuberancia encorbatada del hombre a quien le gusta la buena mesa, las juergas fraternales de varones y las faldas. En un principio, la amistad entre Felipe y Sarasola choca un poco: parecen caracteres muy distintos. Pero después, ahondando y repensando, descubres una ligera estela de esa desmesura carnal en el físico del líder, y llegas a imaginar que quizá Felipe González guarde en su interior, casi olvidado, un Enrique Sarasola reprimido.

—Felipe es un hombre sumamente duro cuando hay que ser duro. No tira jamás la toalla. En

los retos es un oponente peligroso —dice Sarasola.

—Felipe puede ser muy duro con un planteamiento. Con las personas, de una en una, es de una ternura extraordinaria. Una a una, cada persona ocupa el universo ante sus ojos. Tiene una tremenda debilidad por el género humano, cosa que para un político puede ser buena o mala —explica Alfonso Guerra.

—Felipe es un político que no hace sangre —puntualiza Javier Solana.

—Felipe es un hombre sumamente solitario. Necesita que le quieran, pero es muy cerrado. Es atento con todo el mundo, pero no continúa las relaciones, quizá porque es en parte tímido —continúa Sarasola.

—Felipe es un hombre que, dentro de lo muy afectuoso de su trato, ha mostrado siempre cierto retraimiento —redondea Múgica.

Y así hasta el infinito. Todos abundan en la dualidad entre el Felipe político, implacable, pero no sangriento, y el Felipe persona, afectuoso e incapaz de decir *no*. Muchos insinúan la mezcla entre su afabilidad abierta y su escrupulosa introversión. Una introversión que sustenta su asombrosa relación con Alfonso Guerra, veinte años de amistad arrebatada a lo

largo de los cuales apenas han hablado íntimamente: como Guerra dice con orgullo, "nos basta con adivinarnos mutuamente". Bien mirado, quizá sea esta la clave de su poder de seducción. Porque Felipe es extremadamente cariñoso, pero ofrece su afecto para retirarse (quizá por timidez, quizá porque le dan miedo las emociones) inmediatamente después de haberlo ofrecido: se retrae en su concha, como el caracol, en cuanto sus antenas de gasterópodo tocan carne. Y la sustancia de la seducción es precisamente esta: una ambigüedad de afecto-huida que provoca el deseo permanente de alcanzar la promesa que se escapa. Que provoca, en suma, la pasión, que ya se sabe que es cosa algo morbosa y masoquista.

No he encontrado a nadie, amigo o enemigo, que sea capaz de hacerle una crítica negativa y razonada. Su perfección sin fisuras llega a dar miedo.

—Es que es muy pronto —explica el propio Felipe sobre esto—. Hace falta tiempo para que la gente pueda ser más crítica, hay que esperar a que haya un fracaso.

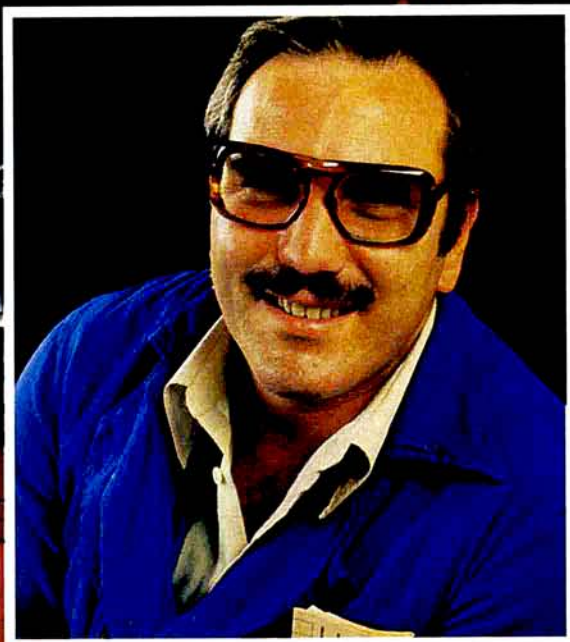
No me parece razón suficiente. Sus conocidos dicen que Felipe ha heredado lo mejor de su padre y de su madre; aquél es estrictamente honrado; ésta, la recientemente fa-

llecida Juana Márquez, era, al parecer, una mujer singular, una andaluza sumamente brillante, extravertida y cálida. Y en la mezcla, Felipe ofrece una fachada serena, imperturbable y contenida. Tanto, que una se pregunta, como en un juego, qué bicha guardará bajo la calma. ¿Pertenece a ese tipo de personas que tempranamente se intuyeron capaces de violentos y apasionados arrebatos y que, por ello, se controlan? Quizá su aparente perfección sea como la fría superficie de un volcán; en cualquier caso es un enigma, y también esto resulta seductor.

**E**l autocar en el que Felipe realiza la campaña es magnífico. Aire acondicionado, mesitas, televisión y radio. Tres mítines al día, tres camisas empapadas de sudor que ha de cambiarse, la garganta hecha unos zorros. Lo más difícil es conseguir que cada mitin sea distinto. No por los espectadores, que son siempre otros, sino por él mismo. Para no aburrirse. Para no mecanizarse. Para decir las cosas de verdad, con intención, queriendo decirlas.

—Además, en la campaña sucede un fenómeno interesante —comenta Felipe—. Empiezas la campaña y dices en un sitio cuatro cosas. Eso te lo reproduce la Prensa,

# Nuestros hombres



porque **SOBERANO** es cosa de

y al día siguiente el compañero que habla delante de ti, porque yo cierró los mítines, dice lo que tú has dicho el día anterior. Es horroroso, te quitan todos los temas, te quitan los chistes, es una especie de carrera contra reloj...

Se ríe, y a su lado, en el traqueteante autobús, Carmen calla livida y mareada, con la biodramina en el bolsillo.

La guerra contra la vieja dirección del PSOE en el exilio, contra Llopis, comenzó en 1969. Fue entonces cuando el grupo socialista sevillano acordó mandar a alguien a la dirección del partido, reunida en Bayona (Francia). Ese alguien fue Felipe, y al llegar se enteró de que Llopis había disuelto la Federación Andaluza a la que él representaba: la cabeza del partido, después de tantos años de ausencia del país, desconocía la realidad española. Al año siguiente, en el XI Congreso del PSOE en el exilio, Llopis intenta prohibir que Felipe hable; pero fracasa, y ambos se enzarzan en una discusión que dura desde las nueve de la noche a las tres de la madrugada. Felipe pide que la dirección del partido vuelva al interior del país, y, si esto no se admite, propone que sea la porción de la ejecutiva que resida en España la que tome las decisiones de política interna. Apoyada

desde un principio por Nicolás Redondo y Enrique Múgica, la tesis de Felipe fue aprobada por el 75% de los votos del congreso: fue la primera gran victoria. Rápidamente, la mayoría del partido basculó hacia las posturas de los jóvenes socialistas. Tras el congreso de 1972, de franca ruptura, se celebró en 1974 el de Suresnes; Felipe González fue elegido secretario general, y los organismos socialistas internacionales reconocieron a la nueva dirección como la única heredera de la tradición del PSOE. La renovación estaba hecha.

En el pueblo sevillano de Dos Hermanas, en la pequeña y preciosa casa de campo de su hermana Lola y del marido de ésta, Paco, Felipe descansa brevemente entre mitin y mitin. Un almuerzo en el patio andaluz, con Carmen y los niños, que también están aquí. Junto a la pared crecen unas cañas verdes y enormes, que Felipe muestra con delectación:

—¿Has visto qué bonitas están? Las traje yo de Venezuela.

David y Pablo entran y salen jugando a grandes gritos: llevan pistolas de plástico y van entraillados por unas esposas de verdad que les han colocado los guardias civiles de la puerta. Paco, el cuñado, amigo de Felipe desde los catorce

años, le da las copias en papel de las fotos que el secretario socialista hizo este verano, en los dos días de vacaciones que pasó en el Caribe.

—Mira, mira ésta qué bonita —le dice a su mujer.

**C**on unas fotografías de sabor marino: una playa desierta e interminable, Carmen sentada en la arena rodeada de gaviotas tropicales.

—Papá, papá, hemos visto un lagarto enorme —entra diciendo Pablo—. Quisimos cogerlo y se escapó.

—Lo que tenéis que hacer para cazar lagartos es echarles un pañuelo grande, de estos de hierbas. Entonces el lagarto muerde el pañuelo, y en ese momento vosotros pegáis un tirón y le arrancáis la dentadura, que la tienen muy débil.

Dios mío, me digo con genuina desesperación, es que lo sabe todo.

—Vas a ver, vas a ver como ganes las elecciones, la que se va a armar —comenta Lola, regocijada y bromista, cayéndosele la baba fraternal.

En la pequeña finca de Paco y Lola hay vacas y un minúsculo huerto descuidado. Ha llegado Guerra, y Felipe le enseña los esta-

blos, acompañándole en uno de sus entrañados paseos sin palabras.

—Esto es lo que me gustaría a mí —dice Felipe, soñador, ojeando la casa, los terrenos, las beceras—. Cómo me gustaría tener una casa así.

Y acaricia los pocos pimientos del malogrado huerto, recordando, quizá, aquel proyecto de hace quince años, cuando él trabajaba como abogado laboralista, ayudaba a su padre con las vacas y daba al mismo tiempo clases en la universidad. Conducía por entonces un Opel desvencijado y tremebundo que utilizaban en el negocio, y aglutinaba en torno a él a un enjambre de chicos y chicas más jóvenes para los que Felipe era un poco padre, un poco hermano mayor, y a los que a veces daba cursos de política. Fue entonces, y con aquel grupo de amigos y prohijados, cuando concibió el proyecto de montar una especie de granja comunal:

—Había un chalé en la carretera de Sevilla a Cádiz con dos hectáreas de tierra, pequeñito, parecido a esta casa de Dos Hermanas, y que entonces vendían muy barato —recuerda Felipe—. Y entonces se me ocurrió que podríamos quedárnoslo entre unos cuantos amigos, con la idea / PASA A PAG. 54

# beben SOBERANO

BRANDY  
**SOBERANO**  
Reservado  
GONZALEZ BYASS  
JEREZ  
ELABORADO EN ESPAÑA

hombres

GONZALEZ BYASS  
SHERRY & BRANDY

# FELIPE GONZALEZ

VIENE DE PAG. 53 / de hacer unos *bungalows* de residencia personal, unos habitáculos personales o de pareja, y de dejar la casa para servicios comunes: una biblioteca estúpida, una sala de música, una habitación de limpieza con lavadoras y todo eso... Como complemento a la casa pondríamos una granja, un pequeño huerto. Y la idea era que cada uno siguiera ejerciendo su profesión, pero que hiciéramos un esfuerzo de racionalización en la idea del cambio en el no consumo. Es decir, que en vez de comprar diez aparatos mediocres de música adquiriésemos por la quinta parte del dinero un solo equipo de música fenomenal, con una sala en donde escucharlo cómodamente. En vez de diez lavadoras, una sola, pero buena. Y así todo. Y, además de eso, estaba ese placer de trabajar directamente con la tierra y con los animales. No era un intento de comunidad angelical o *hippy*, sino algo pensado bastante racionalmente.

Eso ideaba Felipe entonces, hace quince años, antes de que llegara el disparate.

Ahora su agenda se aprieta en citas a un mes vista. Pero no da señales de su posible agobio:

—Un hombre que tiene cuarenta visitas diarias parecería que puede demostrar en algún momento su impaciencia —dice Nicolás Redondo—. Pero en él no se nota nunca. Nunca le he visto una reacción crispada o hiriente; es un tío que se controla siempre. Alguna vez se lo he dicho, te admiro los nervios, tienes unos nervios de acero.

**E**n los alellos de la campaña, sin embargo, empezó a correr la especie de que Felipe González estaba muy deprimido, que atravesaba una gran crisis. Lara, el editor, llegó incluso a telefonarle y a ofrecerle su psiquiatra Felipe se sorprende, algo burlón:

—Yo tengo la sensación de que soy un nadador contra corriente, que lo he sido toda mi vida. Nunca he pasado por una depresión y tengo una salud física y mental de hierro que a veces irrita a los demás, por ejemplo a mi mujer, que piensa que debería ponerme malo con la vida que hago. Yo creo que es una cuestión de conciencia tranquila.

Está tranquilo, sí, más tranquilo que nunca. Antes, hace tres o cua-

tro años, se advertía en él la angustia de su conflicto entre el político y la persona. Entonces llegó el XXVIII Congreso del PSOE, aquel agitado encontronazo que provocó la dimisión de Felipe, una dimisión que muchos quieren ver como una jugada maestra, como un movimiento de ajedrecista genial:

—Sí, mucha gente creía que era así —recuerda Felipe—: Mario Soares, Adolfo Suárez, Bettino Craxi, gente de dentro y de fuera... Creyeron que era una jugada maestra.

Felipe lo había previsto. Había previsto que la crisis de 1979 podía ocurrir: "Y lo había previsto de verdad; en agosto de 1977 le mandé a Alfonso una brevísima nota diciéndole que podía pasar lo que pasó dos años después; y también lo repetí cuando se acercaba el congreso, se lo comenté a Alfonso y a Ramón Rubial". Felipe lo intuía, porque los cambios quemaban mucho, y las sociedades muestran una sana tendencia a apartar del poder a aquellos que han protagonizado el cambio. Y también porque "se veía que se iba a producir un choque entre la acumulación ideológica y la necesidad de estar haciendo una política responsable de defensa de un funcionamiento democrático frágil, pero en defini-

tiva democrático". O sea, añadido: la crisis del desencanto, el paso de la utopía clandestina a la realidad muchas veces ambigua de la política.

—Entonces se produjo aquel fenómeno, el del XXVIII Congreso del partido. Y era clarísimo, era aquello de matar al padre, que decía la Prensa. La gente estaba llorando, llorando a lágrima viva, gente como Luis Yáñez, Alfonso Guerra, los compañeros, los jóvenes, los mayores, los visitantes de fuera, como Petri. ¿Qué está pasando aquí?, te decías. No se entendía nada, parecía que había una especie de terapia colectiva extraña. Yo en ningún momento tuve la tentación de llorar, al contrario, y lo digo de verdad. Miren ustedes, esto es lo que quieren, a mí me parece muy bien. Creo que es un error tremendo, pero es lo que ustedes quieren. Busquen a quien tire del carro, no cuenten conmigo. A mí me van a tener siempre, voy a estar siempre trabajando en esto, pero no hagan que yo fuerce de verdad mis propias convicciones personales, porque entonces lo que haría sería traicionarles a todos, incluso a los que me eligen para ser secretario general. Esa era la reflexión.

Dice un amigo íntimo que aquel 20 de mayo de 1979, cuando Felipe

# Razones.

Así es el Renault 14.

Un coche que trae de serie lo que es opcional en tantos.

Premio de Estética Industrial.

Donde el diseño por el diseño no se premia, si no se convierte en soluciones. punto por punto.



**1** Motor de aleación ligera (con cigüeñal de cinco puntos de apoyo). De 1.218 cm<sup>3</sup> en el GTL y 1.360 cm<sup>3</sup> y cinco velocidades en el GTS.



**2** Asientos delanteros ajustables. Apoyacabezas regulables. Parabrisas laminados. Y en el GTS: elevelunas delanteros eléctricos, cierre electromagnético de puertas, cuentarrevoluciones y preinstalación de radio.



**3** Maletero ampliable desde 375 a 1.400 dm<sup>3</sup>. Quinta puerta con

luneta térmica trasera. Y en el GTS: limpiavaluneta eléctrico.



**4** Faros rectangulares halógenos con reglaje desde el interior. Llantas de estilo.



**5** Carrocería monocasco, con sistema de absorción por zonas de deformación progresiva y habitáculo indeformable. Bandas decorativas color oro en la "serie azabache".



**6** Paragolpes envolventes de poliéster. Y en el GTS: piloto trasero antiniebla.

**Renault 14**  
**GTL:**  
 1.218 cm<sup>3</sup> 59 CV  
**GTS:**  
 1.360 cm<sup>3</sup> 70 CV



Financiación: Hasta 3 años con Renault Financiaciones. Leasing: Hasta 3 años con Renault Leasing.

anunció su decisión de irse en el transcurso de una comida, pareció haberse quitado un enorme peso de encima: se mostraba aliviado, casi eufórico. Y añade: a medida que transcurrieron las horas de esa tarde y se fue comprobando que no saldría un nuevo secretario general, Felipe se fue hundiendo y apagando.

—Cuando la crisis, cuando dimiti, se me abrieron las puertas del campo —dice Felipe metafóricamente—. Cuando fui viendo que aquello no salía adelante, fue una sensación tremenda, me destruyó, eso nadie lo puede comprender. Yo estaba convencido de que saldría una nueva dirección. Cuando terminé de hacer mi intervención, me dije: bueno, se ha acabado. Durante los dos próximos años, hasta que haya otro congreso, yo voy a ser, si acaso, el diputado Felipe González, y me voy a ir a vivir a Sevilla, aunque siga trabajando en el partido y por el partido. Me sentí relajado y tranquilo, me sentí bien. Pero al cabo de cuatro horas detecté que los compañeros no iban a hacerse cargo del partido, empecé a darle vueltas a la cabeza y tuve que decirme: bueno, no, esto no se ha acabado.

Entonces se formó la comisión gestora, y a los seis meses un congreso extraordinario volvió a ele-

girle secretario general. Tras su dimisión, por breves horas, había intuido, como en un *flash*, el paisaje de su libertad personal, pero a partir de aquel momento supo que la dinámica era ya imparable. Debí ser por entonces, lentamente, poco a poco, cuando Felipe cambió y aceptó definitivamente el papel de líder, el ser más amigo de todos que de tus propios amigos, más padre de todos que de tus propios hijos. Aunque endulce su decisión con la idea de que esto no durará más de ocho años: hay que poner un calendario, una salida a la esperanza individual. Dicen sus íntimos que Felipe suele recordar a un político a quien aprecia mucho y que soporta las contradicciones personales generadas por su cargo a base de beber, en un progresivo alcoholizamiento. Atento a ese ejemplo, Felipe parece haber decidido que, puesto a estar en el poder, lo mejor es limar las frustraciones y no matarse poco a poco, de angustias o de güisquis. A fin de cuentas, no le fuerza nadie a ser quien es: su aceptación del liderazgo es probablemente un resultado de su sentido del deber, pero si está ahí es porque en definitiva le compensa. Sentirse mártir por una situación que uno escoge es algo impúdico, y Felipe es verdaderamente pudoroso. Por eso ahora

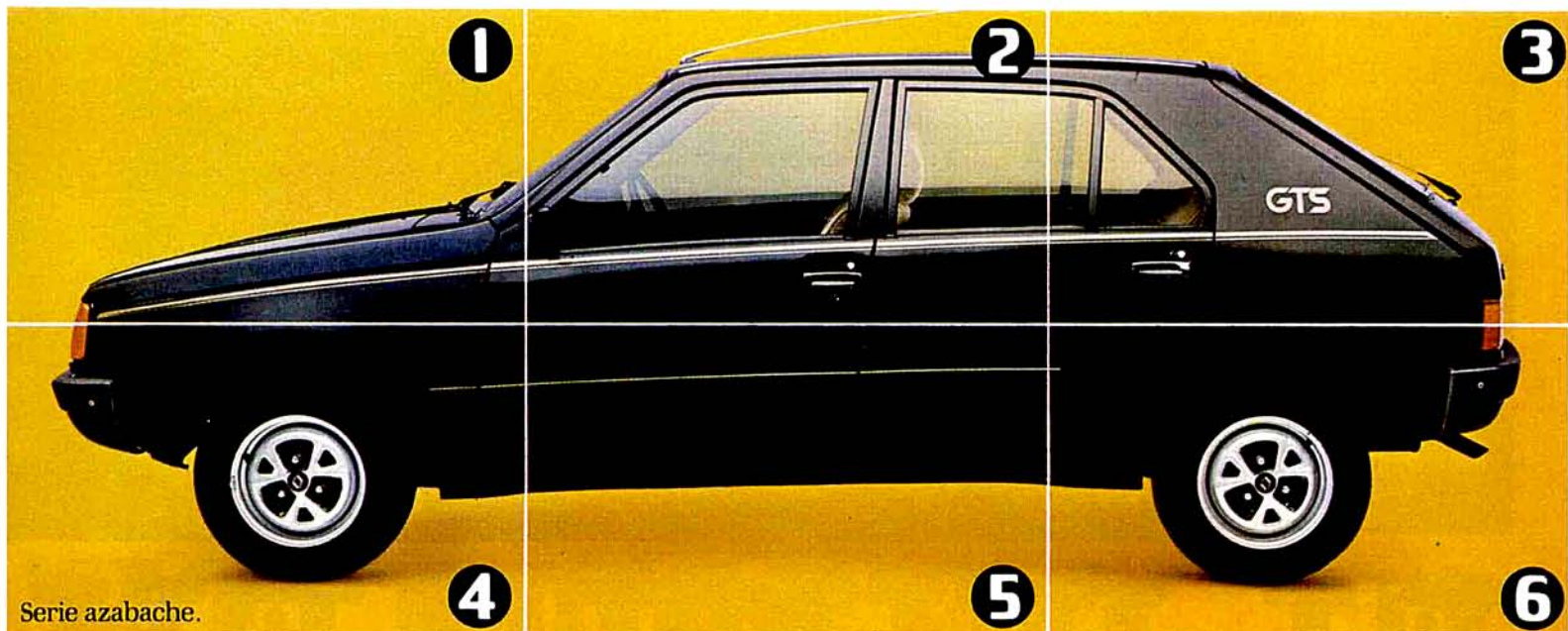
está tranquilo: es una cuestión de coherencia; es un intento saludable de convertirse un poco en una máquina:

—Claro que siempre está el riesgo de mecanizarse absolutamente —reflexiona Felipe—. A lo mejor terminas siendo una máquina de verdad, y al cabo de ocho años empiezas a considerarte imprescindible y cosas de esas. El problema es saber si la política se puede hacer reteniendo una fibra humana permanente, o si hay que tener instinto homicida, como decía un articulista este verano. El que se convierte absolutamente en una máquina tiene instinto homicida, eso está claro: no, mire usted, es el poder, y punto, sin más consideraciones. Y va arrollando todo lo que se le ponga por delante. Yo creo que, para hacer política, es necesaria una dosis importantísima de un comportamiento como de *bulldozer*, un *bulldozer* que va avanzando y avanzando, aunque sufra arañazos y encuentre piedras a su paso. Digamos que ese es un comportamiento sano para hacerse responsable de la política que afecta a 38 millones de ciudadanos. Pero es sano para la gente, no para uno mismo. A uno mismo le resulta a lo mejor más o menos desgarrante. De cualquier forma, creo también que siempre tendría que ha-

ber una vía de comunicación puramente humana que te advirtiera de que deshumanizarse del todo puede llegar a ser dramático para esas mismas personas a las que representas: tienes que mantener o defender una fibra humana. ¿Dónde está el equilibrio entre ambas cosas? Es muy difícil. Yo lo que sí te digo es que se me ha producido una serenidad tremenda. ¿De dónde sacas la fortaleza? De la comprensión cada vez mayor de lo que vives.

Y, para mantenerse en ese precario equilibrio, Felipe quizá se repita mentalmente esa escena de las *Memorias de Adriano* que tanto le impresiona, cuando una mujer se encara al emperador, que está apresurado y pretende quitársela de encima, y le dice: "Si no tiene usted tiempo para escucharme, tampoco tiene tiempo para gobernar". Cuando Felipe leyó por vez primera este libro, siendo aún vaquero y universitario becado, su contenido pasó por él sin dejar huella. Ahora, en cambio, la novela le quema entre las manos. Porque en los casi veinte años que median entre las dos lecturas Felipe ha realizado un largo viaje, un viaje insospechado. En el transcurso de los últimos veinte años Felipe González se ha convertido en Adriano.

# Y sensaciones.



## Renault 14. Siéntalo latir.